

EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS

el viajero

SOL



dorothy
jordan
frances
dee —
joel mc.
crea =

LIONEL
BARRYMORE



EL VIAJERO
SOLITARIO

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Ipariado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barberá, 16 - Barcelona



Publicación semanal

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

Año XI

Núm. 190

EL VIAJERO SOLITARIO

Obra humana, obra sublime, en la que se nos pone de relieve la grandeza de un alma, ajena a todas las ambiciones y cuya única ilusión es la de hacer bien a la Humanidad. «*El viajero solitario*» es como un sedante en la vorágine de la vida actual y produce esa dulce emoción de todo lo extraordinario. » Creación de

LIONEL BARRYMORE

DISTRIBUCIÓN
EN ESPAÑA:



RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

PRINCIPALES INTÉPRETES

Doctor Eli	LIONEL BARRYMORE
Jimmy	Joe Mac Crea
Sara	May Robson
Letty	Dorothy Jordan
Joan Stockton	Frances Dee

Dirección de
JOHN ROBERTSON

Adaptación de la novela
"FRACASO"

NARRACIÓN DEL FILM POR
MANUEL NIETO GALAN

EL VIAJERO SOLITARIO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

EL FRACASO

POR el polvoriento camino que conducía, desde donde paraba el tren hasta el pueblecillo natal, un hombre de unos treinta y cinco años caminaba lentamente, llevando de la mano a un niño de unos cinco años. De cuando en cuando se paraba para contemplar toda la campiña que se extendía a su alrededor y quitándose el sombrero se secaba el sudor que inundaba su frente y exclamaba hablando consigo mismo:

—Todo sigue igual... No ha adelantado nada el pueblo... Parece que sigue durmiendo, como cuando me fui.

El chiquillo miraba a su padre, sin comprender el por qué de aque-

llas palabras y solamente pensando en su cansancio, le preguntaba:

—Papá, ¿llegaremos pronto?

—Sí, Jimmy—le respondió el viajero—ya sólo nos falta una milla y llegaremos al pueblo donde yo nací.

—¿Y por qué naciste aquí, papá?—le preguntó el chiquillo, no comprendiendo como hubiese quien tuviera el gusto de nacer en un sitio tan feo como aquél.

—Su padre sonreía tristemente a esta pregunta y le respondió:

—Porque el nacer y el morir, hijo mío, sólo es elegible para Dios. Por eso nací aquí y aquí también nacieron mis ilusiones, mis sueños de gloria, mis deseos de triunfo...

En efecto, en aquel pueblecillo cercano a la populosa ciudad había

nacido el doctor Eli. Hijo de una acomodada familia, sintió desde pequeño una vocación grande por la medicina. No quiso seguir la profesión de labrador de sus mayores y en vez de empuñar el arado para herir las tierras, cogió los libros de textos y con un ansia febril devoró sus sabias lecciones.

Sus padres, sin querer torcer la vocación del muchacho le animaron en la ruta que se proponía emprender y Eli acarició durante aquella juventud las ilusiones de llegar a ser una lumbrera en la medicina.

Poco después se trasladó a Nueva York donde terminó la carrera y al poco de acabarla, como si solamente esperasen aquel momento, sus padres le abandonaron en la tierra y Eli se dedicó con más fe al trabajo.

Cerró la casa en la que había vivido y nacido, liquidó las tierras que había heredado, entregó a su hermana la correspondiente y continua en la capital, con el deseo de crearse una posición y un nombre. Con el dinero heredado montó un consultorio y poco a poco fué adquiriendo nombre y clientela. Eli no dejaba por eso los libros. Era de los seres que están convencidos de que todos los días son días de

aprender y alternaba su labor profesional con el estudio.

Pasados unos años conoció a una muchacha buena, cariñosa, y quedó enamorado de la bondad de ella. Fueron los primeros meses de una dicha completa para los dos enamorados. Sus almas supieron comprenderse en aquella bondad que las unía y el Cielo como recompensa a la rectitud de sus vidas, les otorgó el don de ser padres. Nació Jimmy y a ella dedicaron todos sus afanes. Entonces el doctor Eli se consagró con más fuerza y más fe a su profesión. Quería legar a su hijo un nombre célebre, para que su entrada en el mundo no le fuera tan difícil como a él.

Todo marchaba bien y nada hacía pensar en la tragedia que amenazaba aquella paz del hogar. Pero la desgracia se cernió sobre él y tuvo que pasar por el gran dolor de ver morir a su compañera, cuando todavía podía ofrecerle días de felicidad inmensa.

Aquel golpe del Destino dejó al pobre doctor anonadado. Sintió que la vida dejaba de tener para él motivo y solamente pensó en aquel hijo, que su adorada le dejaba como recuerdo del gran amor que se tuvieron. El doctor Eli consagró desde entonces todos sus desvelos

al pequeño, fueron para él todos sus mimos y hubiera adivinado el menor capricho de la criaturita.

Fueron pasando los años en una languidez desesperante, en una soledad continua, sin más afectos que el del pequeño Jimmy, que gracias a sus cuidados crecía fuerte y robusto como lo hubiera deseado su madre.

Mas por si aún era poca la desgracia que le agobiaba, una operación desgraciada, una de esas intervenciones quirúrgicas hechas a vida o muerte, le hizo perder la escasa celebridad adquirida y los clientes fueron ausentándose y Eli vió como iba dando fin a sus escasos recursos, hasta que últimamente le faltó todo lo indispensable para vivir.

Recurrió a sus antiguos compañeros de estudios, quienes le ayudaron primeramente, pero sus ayudas consistían en dádivas generosas que la caballerosidad y el honor de Eli no podía admitir. Todos le ofrecían dinero, pero ninguno aquella ayuda que él buscaba. Era un médico fracasado y le dijeron en alguna ocasión:

—Eli, tu comprenderás que lo que pides es imposible... Después de lo que te ha ocurrido, yo no puedo tenerte en mi clínica... Eso sería ahuyentar a mis clientes y dar

lugar que al cabo de algunos meses fuera yo el que tuviera que buscar la ayuda de los demás compañeros. Yo siempre te ayudaré... Ven a verme cuando necesites algo y haré cuanto pueda por tí... Todo menos tenerte en mi clínica... Eso es imposible.

Eli callaba y pensaba interiormente que tenían razón sus condiscípulos. ¿Quién podría confiar a un médico fracasado? Y ante la sombra de la sombra de la miseria que cada vez se extendía ante él y su hijo con mayor densidad, pensó que lo mejor era volver a su pueblo, vivir en su propia casa y dedicarse a curar a los que necesitasen de su ciencia allí.

Tal como lo pensó lo hizo. Y una mañana, después de vender los pocos trastos que le quedaban, con el dinero reunido emprendió el viaje hacia su pueblo natal, donde por primera vez le vemos, caminando con su hijito de la mano.

Llegaron por fin al pequeño pueblo y al cruzar ante un grupo de unos hombres que se hallaban sentados a la puerta de una pequeña casita, uno de ellos se fijó en el médico y reconociéndolo les preguntó a sus otros compañeros:

—¿No es Eli Watt, ese?

—Eso parece—respondió otro.

—Yo creí que estaría todavía en

Nueva York... Se fué para hacer fortuna.

El que primeramente lo había reconocido, fijándose en el aspecto que ofrecía el médico exclamó burlonamente:

—Pues parece que no ha hecho mucha... No hay más que verlo.

Eli, sin darse cuenta de los comentarios que suscitaba su llegada, se inclinó hacia su hijo, dejó la maleta que llevaba en el suelo y le dijo, indicándole un escalón de una casa próxima a donde se hallaban los comentaristas, que no dejaban de ocuparse de él:

—Siéntate aquí, hijo mío. Saldré pronto.

Era aquella casa la vivienda y oficina del único banco que había en el pueblo. Su dueño era un hombre que sabía ocultar los buenos sentimientos que tenía, y sabía también dejarse dominar por la ambición y el interés, para hacer aquellos negocios de préstamos que tan buenos rendimientos le daban.

Al ver entrar a Eli quedó sorprendido. Todo lo hubiera esperado el prestamista antes que ver al médico y por lo mismo no pudo menos que decirle:

—Eli, le creía a usted aún en la ciudad...

—Pues ya ve, estoy aquí y lo que es peor todavía, vuelvo fracasado.

—¿Fracasado? —preguntó interesándose el prestamista.

—Sí —siguió diciéndole el médico—. Yo podría decirle que vuelvo a mi pueblo, por añoranza, por sentimentalidad, por estar aburrido de la vida en la gran ciudad o por descansar una temporada. Mas todo eso sería mentira y ya sabe usted que jamás se mancharon mis labios con el engaño... Vuelvo fracasado.

El prestamista miró fijamente al médico y al fin murmuró:

—¿Y era usted el que pensaba dominar el mundo?... ¿Recuerda?

—Lo recuerdo perfectamente... Jamás olvidaré todas aquellas ilusiones de mi juventud, pero todos aquellos sueños pasaron y desaparecieron, como la borrasca hace desaparecer las hojas secas caídas del árbol.

—¿Y viene a su pueblo a rehacerse, no? —le preguntó el prestamista.

—A eso precisamente... Por eso he venido a verla... Necesito quinientos dólares...

El prestamista se puso en guardia inmediatamente al oír la cantidad que le pedía le preguntó:

—¿Para qué los quiere?

—Quiero arreglar mi casa —respondió el médico—. Hace muchos

años que no está habitada y es preciso que la arregle un poco. Me estableceré aquí y procuraré rehacer mi vida.

El prestamista quedó unos momentos pensativo, sin duda calculando el valor de la casa del médico y al fin respondió, después de haber echado sus cálculos:

—¿Quiere hipotecar su casa?

—Eso es lo que he venido a hacer.

—Está bien —siguió diciéndole el prestamista — pero no puedo ofrecerle lo que usted me pide... Es demasiado.

—La casa vale mucho más —exclamó extrañado Eli—. Usted mismo lo sabe.

—Claro que lo sé, pero si le doy a usted su valor o poco menos no habré hecho negocio y ya sabe usted que los tiempos están malos.

—Es que no pienso venderla... Yo le prometo devolverle a usted ese dinero.

El prestamista se echó a reír y le dijo:

—No hay que fiarse de promesas, sino de realidades, Wat... ¿Qué diría usted si yo le prometiese esos quinientos dólares y no se los diese nunca?... Usted tendrá intención de devolvérmelos, pero a lo mejor no puede, vence la hipoteca y yo tendré que quedarme con la casa, casi por su valor...

No, ese no es negocio... Le ofrezco doscientos cincuenta dólares.

Eli estaba seguro, porque conocía a aquel hombre, que no le haría dar ni un centavo más y terminó diciéndole:

—No tengo más remedio que aceptarlos... Extienda usted la escritura y la firmaré ahora mismo.

Se apresuró el prestamista a extender la escritura de hipoteca y al fin le ofreció la pluma a Eli para que firmase. Este mojó la pluma en el tintero y le preguntó irónicamente:

—La tinta es gratis, ¿verdad?

El prestamista sonrió, sin darse por aludido y cuando Eli hubo firmado, encerró la escritura en la caja y sacó de ella la cantidad ofrecida, que entregó al médico diciéndole:

—Aquí tiene usted doscientos cincuenta dólares y le deseo buena suerte.

—Ojalá la tenga —suspiró Eli, quien salió nuevamente de las oficinas del banco y cogiendo a su pequeño, le dijo cariñosamente:

—Ahora nos vamos a casa, allí cenarás y descansarás, hijo mío.

Y lentamente, sin fijarse en nada, ni en nadie, padre e hijo se dirigieron hacia aquella casa, que tan gratos recuerdos guardaba para Eli y donde cada objeto le recordaba un episodio de su niñez.

LA PRIMERA ACTUACION

Eli se estableció en su casa y él mismo tuvo que ir arreglándola poco a poco. El dinero que le entregó el prestamista había de servirle para todo y el pobre hombre alternaba entre el trabajo doméstico, el cuidado de su pequeño y el arreglo de su casa.

Así fueron pasando los días, sin que nadie se acercara a su puerta para solicitar sus servicios. Allí parecía que todos los habitantes estaban hechos de hierro y cuando por casualidad alguien necesitaba de un médico iba a la población próxima y lo llamaba.

Su fracaso era conocido por todos y nadie quería entregarse a él. Tenían miedo a que no supiera acertar con su enfermedad y nadie creía en su ciencia.

Eli no se molestaba por ello. Comprendía la razón que tenían al pensar de aquella forma y se resignaba con la conformidad del que no se cree con derecho alguno.

Sus recursos iban agotándose y procuraba que los alimentos fueran los más sencillos y los más económicos. El mismo los guisaba y hacía lo único que sabía hacer, unas papillas de que comían diariamente. Jimmy no comprendía por qué su padre le daba siempre de comer y una tarde, cuando regresó de jugar, encontró a su padre en la cocina y le preguntó:

—¿Está la cena, papá?

—Sí—le respondió cariñosamente su padre—. ¿Te lavaste del todo?

—Sí—replicó el chiquillo, mos-

trándole las orejas—, hasta aquí detrás me he lavado.

Vió entonces sobre la mesa una calavera que había servido a su padre para estar estudiando aquel día y le preguntó curiosamente:

—¿Qué es esto, papá?

—Esto es un modelo del cerebro humano—le dijo su padre—. ¿Ves cómo está dividido en tres pedazos?

—¿Y para qué sirven? —preguntó el pequeño, mostrando un interés extraordinario.

—Esto sirve para pensar—le explicó Eli—, para recordar y para hacer que tengamos voluntad.

Sacó la cazuela de la lumbre y vació su contenido en un plato. El chiquillo, al ver que la cena era igual que la comida de todos los días, exclamó con tristeza:

—Yo no quiero papilla, papá.

El médico comprendió la razón que tenía su hijo al protestar de la cena y le dijo con verdadero dolor:

—No me extraña, Jimmy. Tampoco a mí me gustan, pero no tenemos otra cosa.

En aquel momento llamaron a la puerta y el doctor se levantó diciéndole a su pequeño:

—Quizás esa llamada augure mejor comida... Vamos a ver quién es.

Abrió la puerta y apareció en el dintel un hombre que demostra-

ba una gran nerviosidad. Venía pobemente vestido y fijándose en el médico le dijo:

—¿El nuevo doctor?

—Ya no soy tan nuevo, aunque es cierto que hace poco que he llegado, ¿qué se le ofrece?

—Verá usted—siguió diciéndole el visitante—. No tengo dinero para traer el médico de Hampton, que quiere siempre cobrar... ¿También usted?...

—Hombre—murmuró el médico—. La verdad es que trato de vivir...

—¿Entonces no querrá venir a mi casa?—preguntó intranquilo el visitante.

—¿Le ocurre algo serio?... ¿Algun enfermo?

—Mi mujer va a dar luz muy pronto y no tengo quien la asista... Le pagaré en patatas... ¿Le parece bien? Le daré dos sacos, uno por mi mujer y otro por la criatura que salga.

—Vaya por las patatas—respondió sonriendo el médico—. Iré a ver a su mujer y haremos lo que se pueda.

En el mismo coche que había traído el visitante se dirigieron hacia la casa de éste llevándose con ellos a Jimmy y mientras que el doctor asistía a la parturienta, Jim-

my le decía al marido de ella, que había quedado en la puerta:

—Mi papá no tenía con quién dejarme en casa y por eso me trae.

Pero el hombre no podía darse cuenta de nada. Su pensamiento estaba al lado de la enferma y esperaba la salida del doctor con el ansia natural.

Mientras tanto Eli asistía a la mujer y desde el primer instante se dió cuenta de lo difícil que era el caso. Aquella pobre mujer había permanecido demasiado tiempo sin asistencia y todo cuanto se hiciera por ella era inútil. No había poder humano que la salvase. Todos los recursos de la ciencia se estrellaban contra aquel cuerpo que apenas si tenía vida, y Eli se dedicó a salvar a la criaturita. Al cabo de una hora nació una niña preciosa, pero murió la madre. Era lo más que se podía haber hecho, salvar al vástagos y Eli se sintió satisfecho de sí mismo, al pensar que había hecho todo lo que hubiera podido hacer cualquier colega suyo.

Salió en busca del marido y éste le preguntó:

—Una niña—respondió el médico.

—Y yo que quería un varón— respondió despectivamente, como si para él no tuviera valor alguno

las hembras—. Las mujeres no sirven mucho en la labranza.

Advertíase en aquel hombre una falta de lógica, un desconocimiento absoluto de todo y su tosqueda le hacía aún más bruto de lo que era.

Tomó la cosa con la resignación necesaria y aún le dijo:

—A mi mujer, en cambio, le gustará que haya sido hembra.

—Sí...—balbuceó el médico—, sólo... que... no la podrá ver.

El individuo miró fijamente al médico. En sus ojos había una llamarada de odio y como si no hubiera entendido, o no quisiera entender, lo que el médico le decía, le preguntó:

—¿Está muerta?

Eli afirmó, sin atreverse a responderle, y el labrador se encaró con él diciendo:

—¿Y qué va usted a hacer ahora?

—¿Qué puedo yo hacer?—replicó el médico—. Cuanto se podía hacer por ella lo he hecho.

—Usted no podrá hacer nada— exclamó indignado el marido de la muerta, seguro de que había sido el médico quien la había matado—, pero yo sí que puedo hacer algo. ¡Váyase o le mato!

Eli no se asustó por el gesto de

aquel hombre y señalando a su hijo, le dijo:

—¿Ve usted ese niño?... También tuvo madre... Yo llamé a otro médico y, sin embargo, su madre se murió... Comprendo, por el dolor que pasé, el que usted sufre ahora. Quiero explicarle cómo debe cuidar de la nena...

—¡No me hable usted de ella!— exclamó aquel hombre, que poseído por el dolor que le causaba la muerte de su mujer, no se avenía a razón alguna—. Esa niña irá al orfelinato municipal.

El médico miró extrañado a su primer cliente y le dijo severamente:

—¡Usted no hará eso!... Es imposible que usted lo haga.

—Lo que es imposible es que me contenga más de lo que me estoy conteniendo— exclamó indignado—. ¡Váyase que no respondo de mí!

Eli no respondió palabra. Entró nuevamente donde había dejado la niña, la tomó en sus brazos y salió con ella para mostrárse a su padre a la vez que le decía.

—Mire usted qué preciosa es... Es su propia sangre.

—Pero usted quiere acabar con mi paciencia!—exclamó fuera de sí el labrador—. ¡Fuera de aquí!... ¡Fuera!

Eli no respondió nada más. Con la niña en los brazos cogió el coche en el que había venido y sin despedirse siquiera del padre de la chiquilla, se fué con ella a su casa.

Pobre era el médico, pero a pesar de su pobreza y por muy grande que fuera, mayor era su corazón. El no podía consentir que aquella criaturita fuese al orfelinato por la brutalidad de un padre que no era capaz de comprender lo que era la vida. Fijo en esta idea se hizo cargo de la niña y decidió criarlala a su lado, aun cuando fuese a costa de grandes sacrificios.

Jimmy por su parte sintió también una gran alegría cuando su padre le dijo que la niña se quedaría siempre con ellos y pensó que ya tenía dos amigos a quien dedicarse, la niña y su perro.

Aquel nuevo fracaso hizo que Eli no tuviera más clientes en mucho tiempo. Pero como el pueblo era pobre, y el médico de Hampton cobraba, un vecino se vió obligado a llamarlo. Acertó la enfermedad del enfermo y cobró por sus servicios unos sacos de patatas. Despues de aquél se le presentó otro caso y también le curó y también recibió como remuneración algunas viandas.

Un día, cuando menos lo esperaba, se presentó en su casa su

hermana Sara. Era de más edad que él y los dos hermanos se habían tenido siempre un gran afecto. Eli sintió una gran alegría al verla y su hermana, en cuanto le vió, le reprochó el que se hubiera encerrado en aquel pueblo diciéndole:

—Esto no es para ti, Eli. Tú debiste seguir en Nueva York. Allí te podrías abrir camino y dar a tu hijo una educación muy distinta de la que recibirá aquí.

Eli comprendía las palabras de su hermana, pero al mismo tiempo pensaba que ella no conocía la situación tan triste por que atravesaba en aquellos momentos y le respondió:

—Ya sé que este no es lugar para mí, pero en la capital no haría nada... Claro está que aquí tampoco me haré rico.

—Sí—le dijo su hermana, que era uno de esos seres decididos que no temen a ninguna de las contrariiedades que la vida suele llevar consigo—, ya sé que ejerces sin cobrar nada y encima fundas una especie de asilo de huérfanos.

Eli se encogió de hombros y le respondió:

—Todos debemos dar en el mundo algo de lo que tenemos... Yo no tengo nada y por eso ofrezco lo único que puedo... mis escasos conocimientos de la medicina.

—Sí, claro...—replicó su hermana, sin saber qué responder—, pero lo cierto es que aquí necesitas una ama de llaves y voy a ser yo misma. Me quedo para ayudarte y darte ánimos.

Su hermano sonrió irónicamente. Habría sido para él una gran alegría que su hermana le acompañase, pero no quería someterla a la miseria en que él vivía y la dijo:

—Gracias, Sara, pero me dolería pagarte con patatas...

—¿Quién habla de pagar?—exclamó ofendida su hermana—. Yo no quiero dinero. Me conformo con vivir a tu lado... Yo también tengo corazón y quiero hacer algo... si es que tú no te opones...

Eli no tuvo palabras con que responderle y la contestación fué abrazarla y decirle con los ojos llenos de lágrimas por la emoción:

—¡Hermana mía!

—Nada de sentimentalismo— exclamó ella haciéndose fuerte—. Los que no tenemos futuro vivimos del pasado y yo llevo viviendo del pasado unos veinte años... Ahora, hermano, no me queda a nadie... Tú tienes a tu hijo, a la nena de Mac Ginnis... Nosotros somos fracasados irremisibles... Si nos unimos, quizás podamos salir adelante...

—Bien necesito salir adelante—

respondió con tristeza el médico— si tuviera clientes.

—Tendrás cuantos quieras... Todo el que quiere médico gratis, no tiene más que llamarte a ti... Con unas cuantas hortalizas está en paz con la ciencia. ¿Dónde están los nenes?

Eli la llevó a una pieza contigua donde estaba su hijo y la cunita de la pequeña, y la dijo, señalando a Jimmy:

—Ese es mi niño.

—Querrás decir nuestro hijo— exclamó ella, trayendo al chiquillo y abrazándolo al mismo tiempo que le decía—: Yo he venido aquí a cuidar de ti, de la nena y del doctor Eli, ¿sabes?

Jimmy desde el primer momento se sintió atraído por Sara y demostrándole, con esa espontaneidad propia de los pocos años, una gran confianza le preguntó:

—¿Y cómo te llamas?

—Sara, pero tú llámame tía Sara... ¿No oiste hablar nunca de tía Sara? Pues yo vine a este país con Cristóbal Colón... Ya ves si hace tiempo... Ya verás qué bien lo vamos a pasar... ¿A ti te gustan las espinacas?

—No—exclamó el chiquillo—. Yo no quiero comer más espinacas.

—Es que a mí tampoco me gustan... No las comeremos nunca.

Llamaron al doctor para ir a visitar a un enfermo y mientras tanto Sara quedó con los chiquillos. A las dos horas sobrino y tía parecía que se habían conocido toda la vida.

Cuando volvió el doctor, su hermana le preguntó bromeando:

—¿Cuál ha sido el pago? ¿Nabos?

—No—respondió el médico—. Me ha dado humildes calabazas.

Su hermana se echó a reír y exclamó:

—Si algún cliente tuyo tuviera vacas, tendríamos leche de sobra.

Su hermano la reconvino cariñosamente y la dijo:

—No protestes, Sara. Acabas de llegar hace un momento. Tiempo habrá para que hablemos de todo.

—Bueno, ya hablaremos más adelante... Todo tendrá que arreglarse.

Y en efecto, desde aquel día pareció que la casa del médico había cambiado por completo. No se trataba de que hubiera más dinero, porque los cobros seguía haciéndolos en especies, pero sí se dejaba ver la mano de una mujer en todo lo referente a limpieza y orden.

CUATRO AÑOS DESPUES

Poco a poco la vida de Eli había ido afianzándose en el pueblo. No es que nadara en la abundancia, pero había ido adquiriendo ciertos clientes que le pagaban en dinero, sin dejar por eso a los humildes que seguían llamándole y seguían pagándole en la forma que podían. Durante aquellos cuatro años, Eli fué un verdadero padre para la pequeña Letty, nombre que habían puesto a la hija adoptiva, de quien cuidaban con el cariño de unos verdaderos padres. Sara estaba loca por la chiquilla y cualquier cosa que tenía la sobresaltaba y alarmaba, creyendo que se trataba de alguna grave enfermedad.

Un simple resfriado era motivo para que se pasase las noches en

vela al lado de la cunita. En cuanto tosía llamaba a su hermano y le obligaba a reconocer a la pequeña y no estaba tranquila hasta que Eli la decía:

—No te asustes, mujer. No tiene nada.

—Pero no la oyes el pecho? — insistía Sara, sin perder del todo su temor. Parece un ferrocarril subterráneo.

—Puedes estar tranquila — respondía Eli. La nena está perfectamente bien. No tiene nada.

Luego vinieron los días en que Letty comenzó a andar y los dos viejos jugaban con ella haciéndola ir de un lado a otro.

Y en estas sanas diversiones, en estos sublimes quehaceres pasaban

EL VIAJERO SOLITARIO

el tiempo, sintiéndose felices dentro de su pobreza y sin envidiar ni ser envidiados por nadie.

Jimmy por su lado iba convirtiéndose en un hombrecito y se iba desarrollando en él una gran afición por la profesión de su padre. Se interesaba por todo cuanto a la medicina se refería y Eli veía que la afición de su hijo, era la misma que él tuvo en su juventud... Se repetía el mismo caso y nada podía reprocharle puesto que aquella afición parecía hereditaria.

Así transcurrió todo aquel tiempo hasta que llegó una fecha memorable. Era el cuarto aniversario del nacimiento de Letty y Eli quiso festejarlo pomposamente. Para ello compró un hermoso pastel con sus cuatro velitas y cuando llegó la hora de comer sentó a la pequeña en la mesa, encendió las velas y la dijo besándola:

—Felicitaciones, Letty... Hoy cumples cuatro años...

La chiquilla besó a todos cariñosamente y con no poco trabajo consiguió apagar las velas.

Se preparaba ya Eli para cortar el pastel cuando llamaron a la puerta y fué él mismo a abrir.

Se encontró con el padre de Letty que le dijo humildemente:

—Supongo que se recordará usted de mí?

Eli, temiendo algo desagradable de aquella visita, le respondió con gesto adusto:

—Le recuerdo perfectamente.

—Entonces eso le explicará algo que yo no sé cómo decírselo.

—¿Qué pasa? — preguntó Eli, sin querer comprender lo que su corazón le auguraba.

—¿Puedo pasar primeramente? — preguntó el padre de Letty.

El médico le dejó libre el paso y al ver a su hija, no pudo menos de exclamar:

—Ya tiene cuatro años... Yo quisiera hablar con usted a solas.

—Lo que tenga que decirme — le dijo el médico — puede decirlo aquí. Yo no tengo secretos para los míos.

El padre de Letty, sin saber cómo explicar el motivo de su visita, comenzó diciendo:

—Quiero decirle en primer lugar, que siento lo que pasó aquella noche... Aquello me ha hecho cambiar mucho.

El médico le miró fijamente. Estaba esperando que dijera lo que él tanto temía y miraba a Letty como si quisiera defenderla de una desgracia. Su padre continuó:

—Quiero decirle, además, que he trabajado de firme, he pensado mucho y he decidido que quiero...

Se detuvo sin atreverse a expre-

sar su deseo y el médico le animó diciéndole:

—¿Qué es lo que quiere usted?
—Pues... quiero... a mi hija.

—¿Su hija?—preguntó extrañado a la vez que poseído de una gran indignación, Eli.— ¿Y cuál es su hija?...

—Demasiado sabe usted quién es—dijo tímidamente el padre de Letty.

El doctor no pudo menos que sonreír sarcásticamente y le respondió:

—¿Y con qué derecho se llama usted padre de ella?... ¿Qué hizo usted por su hija durante estos cuatro años?

Sara intervino también en la conversación y encarándose con el padre de la chiquilla le dijo:

—Usted, durante todo este tiempo, no ha hecho nada por Letty. No tiene ningún derecho sobre ella. Usted no sabe lo que mi hermano ha hecho por ella, ni sabe tampoco las noches que yo me he pasado en vela al lado de su cunita.

Mas a pesar de todas estas explicaciones, la tozudez del padre de Letty se mostraba una vez más y siguió diciéndoles:

—Yo les agradezco cuanto han hecho por ella, pero ahora quiero a mi hija. Quizás la ley me desapare en esta ocasión... No obstante,

he de decirles que he arreglado mi casa y que tengo una buena mujer que sabrá cuidar de la nena...

Letty, que oía toda aquella conversación sin poderse dar cuenta que trataban nada menos que de su porvenir, se acercó al doctor y señalando hacia su padre preguntó con deliciosa ingenuidad:

—¿Quién es este hombre?

Aquella pregunta llegó a lo más profundo del corazón del labrador, al verse llamar así por su hija y exclamó, con los ojos bañados en lágrimas:

—¡Qué duro es esto, doctor!... Bueno, doctor, ¿accede a mi súplica?

Antes que respondiera su hermano, Sara le dijo:

—Supongo, Eli, que no irás a acceder...?

El médico contuvo a su hermana y le preguntó al padre de Letty:

—¿Y ha creído usted que yo accedería a su petición?... ¿Por qué lo ha creído?

—Por lo que usted me dijo el día que nació... Es mi propia sangre... Usted es muy bueno, lo dice todo el pueblo, y no va a negarse a esto que le pido.

—¡Eso es!—exclamó Sara—. El porque es bueno, tiene que fastidiarse y entregar a Letty cuando ya la tiene criada... ¿Sabe que de esa

forma se pueden tener muchos hijos?

El padre de la muchacha intentó hablar de nuevo, pero el doctor le interrumpió diciéndole:

—Haga usted el favor de marcharse ahora... Déjeme pensar lo que debo hacer...

E indicándole la puerta le hizo salir, sin que dejase marchar a Letty que abrazó fuertemente, como si temiera desprenderse de ella.

Durante todo aquel día el doctor no pudo apartar de su mente la súplica del padre de Letty. Pensaba que si recurriía a los Tribunales éstos le obligarían a entregar la niña, por más motivos que él alegase en su defensa. La hija pertenecía al padre y legalmente no podía retenerla. Por otra parte, pensaba también que por mucho que fuese el cariño que le tuviera a la niña, ésta debía estar al lado de su padre y evitar que el día de mañana pudiera echarle en cara el no haberla llevado con el que tenía derecho a darle su nombre.

Mucho era el cariño que sentía por ella, pero por encima de su cariño estaba la legalidad y el temor de que Letty el día que fuese mayor todos la señalaran como una hija adoptiva sin padre.

Todas estas consideraciones se las hizo a Sara, que al fin comprendió la razón que tenía su hermano y llorando amargamente terminó accediendo a que la niña fuera entregada a su padre.

Al día siguiente, el mismo doctor fué a llevársela y le dijo:

—Le traigo a su hija, pero con una condición.

—¿Cuál?—le preguntó el padre de la chiquilla.

—De que ha de venir a verme siempre que ella quiera... Que la ha de tratar con iguales mimos que nosotros la hemos tratado y de que si alguna vez está enferma me llamarán a mí.

A pesar de su rudeza, el padre de Letty comprendió el cariño que aquel hombre profesaba a su hija y el sacrificio que hacía y le respondió:

—Descuide usted, doctor. Yo le doy mi palabra de hombre que Letty seguirá siendo para usted una hija como lo ha sido hasta ahora... Yo sospechaba que era usted muy bueno, pero nunca creí que su bondad fuera tanta... Perdóneme todo lo que le dije aquella noche y comprenda que uno no está lo suficientemente ilustrado para saber contener los arrebatos... El dolor me trastornó y...

Eli le puso una mano sobre el hombro y le dijo:

—No se hable más de eso...
¿Quedamos conformes?

En señal de respuesta el padre de Letty le estrechó fuertemente la mano y el médico adivinó, por la emoción del otro, la sinceridad de su agradecimiento.

Aun cuando ya había pasado el plazo señalado para la hipoteca y aun cuando Eli no había podido pagar su deuda al prestamista, éste no se había atrevido a hacer efectivo el embargo de la casa del doctor por el temor a los demás. Sabía la popularidad de que gozaba entre la gente pobre y no quería exponerse a que le dieran un disgusto si trataba de echar de su casa al médico. Pero no por eso intentaba siempre cobrar y un día se presentó en casa del médico para decirle:

—La verdad, doctor, yo no quiero apremiarle, pero necesito mi dinero y vengo a que me devuelva la cantidad que le entregué.

El doctor se echó a reír y le dijo:

—Todavía no puedo pagarle... ¿Cree usted que el dinero crece en los árboles?

El prestamista tomó a burla aquellas palabras y le respondió seriamente:

—¿Qué pretende usted, Eli? Le hablo en serio y usted me contesta en son de broma.

—¿Y no es mejor así?—exclamó

mó el médico—. Cuando un hombre no tiene dinero, debe permitirse, por lo menos, el lujo de bromear...

Entró en aquel momento Sara y el prestamista la miró con cierto temor. Prefería entenderse con Eli antes que con ella, porque su hermana era una mujer que lo echaba todo por la tremenda. Era una de esas personas que le gustaban las cosas claras y que a cada cual las llamaba por su nombre sin pensar en si molestaba o no. Vió al prestamista y sospechó a lo que venía, pero sin decirle nada se acercó a su hermano y le dijo:

—Ahí hay una mujer con su chico que viene a que le cures... Se ha cortado casi una mano con un cuchillo y echa más sangre que un cordero.

El doctor salió inmediatamente a la pieza donde había montado una pequeña clínica y vió allí a una pobre mujer que le mostraba la mano ensangrentada de su hijo diciéndole:

—Mire, doctor, fué a matar un pollo y se le fué el cuchillo y fíjese lo que se ha hecho.

El doctor Elimiró la herida y desde el primer instante comprendió que aquello tenía más importancia de lo que parecía a primera vista. La vendó cuidadosamente y des-

pués de haberlo curado, le dijo a la mujer:

—Es preciso que le hagan una radiografía... Tiene usted que ir a la ciudad, si no su hijo puede perder la mano...

La mujer miró asustada al doctor y le dijo:

—¿Y es necesaria esa cosa que usted dice?

—Claro que sí, mujer. Hay que atajar el mal inmediatamente... De no hacerlo puede quedar inútil de la mano.

—Es que... para... eso necesitaría dinero y yo no lo tengo...—respondió angustiada la infeliz mujer.

El doctor Eli se echó mano a la cartera, sacó el único billete que tenía y se lo entregó diciéndole:

—Aquí tiene usted el dinero para la radiografía... Vaya a que se la hagan y luego seguiré yo curándolo.

Y no solamente se contentó con no cobrar la visita, sino que además le dió aquel dinero que era todo su capital.

Mientras tanto, Sara se cuidaba del prestamista y le decía ironicamente:

—¿Ha venido usted a hacerle una visita a mi hermano?

—Sí... pasaba por aquí y he en-

trado a verlo—repuso el prestamista temerosamente.

—Ya lo supongo, pero no habrá usted venido para que lo visite, sino para angustiarlo otra vez con su petición de dinero...

—Es que, verá usted, los tiempos están muy malos y, la verdad, necesito dinero...

—Me lo explico... Venga conmigo, que verá cómo cobra.

Y antes de que el prestamista pudiera oponerse, le cogió de una mano y lo llevó hasta la despensa donde tenía almacenadas toda clase de hortalizas y le dijo:

—Mire usted, estos son todos nuestros ahorros del mes pasado. Aquí no se cobra en dinero ni una sola visita... ¿Quiere usted cobrar en hortalizas?

—¿Pero es que no cobra nunca?—preguntó extrañado el prestamista.

—Si no hay cosecha no cobra—respondió su hermana.

—La culpa es suya—exclamó el prestamista—. Si no hubiera fallado con su primer paciente, la gente confiaría en él y le pagarían... En fin, otro día volveré...

Y sin querer más explicaciones con Sara se fué de la casa del doctor, sin esperar siquiera el regreso de éste.

UN HEROE DE CIRCUNSTANCIA

El pobre doctor Eli Watt veía pasar los días sin que pudiera salir del anónimo en que su nombre se hallaba. Nadie se cuidaba de llamarlo, como no fuera de noche, o porque carecían de medios para poder traer al pueblo al médico del otro de al lado. Eli no se molestaba por ello. Sufría con resignación aquella humillación que le hacían y muchas veces aquellos mismos a los que él había curado a cambio de unos sacos de patatas, cuando tenían dinero recurrián al otro médico. Nadie creía en su ciencia y a pesar de todo había hecho curas maravillosas que pasaban desapercibidas para aquellos ignorantes.

Jimmy le acompañaba a todas sus visitas y se había convertido en

un ayudante eficaz para su trabajo. La afición del niño iba siendo cada vez mayor y su padre comprendía que había de llegar un día en que Jimmy le expresase su deseo de estudiar la misma profesión que él desempeñaba. Ni las privaciones que pasaban y el ejemplo de su padre serían suficientes para escarmientar a Jimmy y quería ver realizados sus sueños.

Lo veía llegar el día menos pensado y, sin embargo, no ponía nada de su parte para impedir que aquellas aficiones se desarrollaran en su hijo. No quería torcer sus inclinaciones y hasta pensaba que tal vez Jimmy llegase a ser lo que él no había podido conseguir.

En su diétario escribía todas las

noches cuanto le sucedía y era aquel libro como un lamento de un alma incomprendida que ve que nadie sabe agradecerle todo el bien que hacía a los demás.

De nada servían los razonamientos y consejos de su hermana para que cambiase de manera de ser. Eli Watt llevaba aquella bondad tan dentro de su corazón, que para no tenerla habría sido preciso arrancarle también el corazón. Era bueno por naturaleza, sin egoísmo de ninguna clase y sin pensar que nadie pudiera o no agradecerle lo que por él hacía.

Jimmy se extrañaba de que nunca llamasen a su padre de día y una vez no pudo menos que mostrarle su extrañeza. Venían de hacer una visita en plena noche y Jimmy le dijo:

—Papá, ¿por qué no te llaman nunca de día?

Eli sonrió tristemente. No quería decirle a su hijo que nadie fiaba en su ciencia y que lo llamaban únicamente cuando era imposible llamar a otro doctor y le respondió:

—Si llegas a ser médico lo sabrás... Yo no conciliaría el sueño, si no me llamaran a media noche... Y así y todo, ya ves, hace una semana que no tenía ningún paciente.

Jimmy no pudo comprender cuánta amargura encerraban aque-

llas palabras y ajeno al drama que tan dolorosamente, como silencioso, vivía su padre, seguía él afanosamente estudiando en los mismos libros que servían a su padre.

Así pasaron diez años. Jimmy se había convertido en un muchachote fuerte y simpático y Letty en una jovencita preciosa. El era un bello ejemplar de hombre y ella una muñequita exquisita en cuyos ojos advertíase una pureza de alma imponente.

Los dos se querían como si fueran dos verdaderos hermanos y aun cuando Letty seguía viviendo con su padre, no dejaba por eso pasar un día sin ir a ver al doctor y jugar con él haciendo mil perrerías que Eli acogía embobado.

El padre de Letty supo corresponder a su promesa y al mismo tiempo que iba creciendo la muchacha ibale también inculcando un cariño hacia el doctor, tan grande como el que le pudiera tener a él mismo.

Tanto le habían hablado del doctor Eli, tanto le habían dicho que había hecho por ella, que el médico era para Eli como un dios humanizado y como tal lo adoraba. Lo mismo pasaba con Sara, a quien Letty hacía rabiar, pero que terminaba después abrazándola y haciéndole mimos hasta que la vieja illo-

raba de contento. Los dos viejos seguían queriendo a aquella chiquilla de igual forma que antes y este cariño era repartido por Jimmy.

En aquella época se desarrolló en el pueblo una epidemia. Los casos de viruela se sucedían en forma alarmante y el pobre doctor no se daba abasto para acudir a tantos enfermos.

Se dió cuenta cuando le llamaron para ver a un pobre muchacho que estaba atacado de la terrible enfermedad. Cuando le analizó comprendió lo que tenía y llamó a su hijo diciéndole:

—Di a tía Sara que venga acá con dos mujeres y que traiga cuanta vacuna tenga en casa, y tú avisa al Inspector de Sanidad...

—¿Pero qué es lo que tiene?— preguntó angustiada la madre del enfermo.

—No se alarme — respondió el médico—. Se trata de viruela y hay que atacarla rápidamente... La viruela procede muchas veces de la suciedad... Lo primero que hay que hacer es organizar una brigada de saneamiento... Derroche jabón, polvos desinfectantes, bencina... Es preciso hasta la limpieza personal.

Y aquellas palabras del médico, repetidas en cuantas casas fué a ver a enfermos, dió lugar a que en todo el pueblo se suscitara un deseo de

limpieza que jamás se había sentido. Hasta aquellos hombres a quienes nunca le había tocado el agua, se vieron obligados a bañarse y de esta forma el doctor Eli, empezó a atacar el mal que prevía impaciente.

Aquel mismo día organizó una especie de lazareto para alejar los casos de viruela y ayudado por su hermana, su hijo y varias mujeres, se dedicó a vacunar a todo el mundo.

Había muchos hombres que se negaban a ser vacunados, que se reían de aquella previsión del médico, pero éste conseguía convencerlos y los vacunaba, para evitar así la propagación del mal.

Hacía cerca de cinco días que el pobre doctor apenas si tenía tiempo para dormir. Encerrado en aquel lazareto, se multiplicaba acudiendo a todas partes, sin que el inspector de Sanidad se hubiera molestado en enviarle ninguna ayuda. Parecía mentira que el organismo del doctor Eli pudiera sostener aquel trabajo ímparo y, sin embargo, ni un solo instante sintió el desfallecimiento para seguir cumpliendo con su deber.

De pronto, cuando menos se lo esperaba él, vió entrar a Letty en el lazareto y corrió a ella diciéndole asustado:

—¡Vete de aquí!... ¿A qué has venido?

La muchacha no se asustó por las palabras del médico, ni por sus gestos, y le respondió tranquilamente:

—He venido a estar contigo.

—Pues no has debido venir—le dijo seriamente el médico temiendo que su Letty pudiera contagiarse.

Ella le miró mimosamente y con una caricia le hizo desarrugar el entrecejo, diciéndole a continuación:

—¿No necesitas ayuda?

—Claro que sí, pero éste no es tu puesto.

—Es que tú siempre me tratas como si fuera una niña—le dijo ella enfadándose con el que llamaba siempre tío Eli.

El médico la acarició como si fuera su propia hija y le respondió:

—Perdóname, Letty, es que me olvido que has crecido... Pero vete de aquí, que corres peligro.

Letty se fué en busca de una defensa y la encontró en Sara, a quien se abrazó diciéndole:

—Tía Sara, ¿verdad que tú no querrás que me marche? ¿Verdad que tú no querrás que yo deserte de mi puesto?

Sara tampoco podía ver con buenos ojos aquella decisión de Letty. Claro está que la muchacha estaba recién vacunada, pues fué a una de las primeras de quien se cuidó el mé-

dico, pero así y todo, temía que pudiera sufrir un contagio y por lo mismo le dijo:

—Letty, tu tío tiene razón... El es quien manda.

—Pues le convenceré—exclamó Letty. Le entregó un magnífico ramo de flores que traía y le dijo:

—Ten, pon tú estas flores por las camas, que yo me las entenderé con mi tío.

Volvió nuevamente a la carga y le dijo:

—¿Verdad que no he hecho mal en traer las flores a los enfermos?

—No—respondió el médico—, aunque la viruela no se cura con flores.

—Ya lo sé, pero he pensado que lo hermoso no daña.

—Pues por eso precisamente no debes estar tú aquí—le dijo su tío.

—No quiero que la maldita viruela pudiera estropear ese rostro tan hermoso.

Letty sonrió ante la galantería de su tío y se abrazó a él diciéndole:

—Yo no desertaré de tu lado. Estaré aquí ayudándote cuanto sea preciso. No me perdonaría el haber estado sin hacer nada cuanto tanto hay que hacer aquí.

—Es que tampoco me perdonaría yo si algo te ocurriese... lo que no es nada imposible...

—Y si yo no fuese tu Letty, ¿me dejarías?

La picaruela sabía atacarle por todos lados y el doctor no tuvo más remedio que conformarse una vez más con los deseos de aquella chiquilla que mandaba en él sin que pudiera hacer nada contra ella.

—Eso es diferente — respondió el doctor.

—Diferente ¿por qué? — siguió insistiendo Letty. — Acaso corro más peligro que tía Sara?... ¿No está ella? Pues yo también puedo ayudarte.

El médico sonrió dándose por vencido y le dijo:

—Es inútil discutir con una mujer... Siempre termináis llevando la razón... Haz lo que quieras...

Y el doctor Elis, gracias a la ayuda de Letty, pudo dormir al fin algunas horas.

Siguió la epidemia en toda su fuerza y siguió el pobre médico atacándola por todas partes. Acudía a cuantos sitios le llamaban, sin abandonar el lazareto y su energía parecía inagotable a juzgar por los esfuerzos que hacía.

Por fin el terrible mal empezó a decrecer y el médico recomendó a todos los habitantes:

—Aíslense cuanto puedan unos días... Dentro de poco habremos triunfado del mal.

Y mientras tanto, Letty seguía en el lazareto siendo una hermana cariñosa para los que allí se encontraban y una madrecita para los niños que había hospitalizados.

Una tarde, al entrar el doctor en el lazareto, sorprendió a Letty rodeada de pequeños a quienes entretenía contándoles un cuento y se detuvo para escucharla, sin que ella se diera cuenta de su presencia.

Letty, hasta en aquellos momentos, daba muestras del cariño que sentía por su tío y les decía a los niños:

—Una vez en una aldea vivía un viejecito que era muy bueno, muy bueno, muy bueno...

—¿Cómo el doctor Eli? — preguntó uno de los chiquillos que la escuchaban.

Letty se detuvo un instante para pensarlo y le respondió:

—Casi tan bueno como él, porque no hay nadie que sea tan bueno como el doctor Eli.

El médico no pudo contenerse y afectando una gran seriedad se encaró con ella y la dijo:

—Joven, yo no tolero tales propagandas insidiosas en mi hospital.

Letty se volvió y al verlo exclamó alegremente:

—De saber que escuchabas hubiera dicho la verdad... Que eras un hombre muy malo, muy malo.

—¿De verdad que soy muy malo?

Ella se echó a reír y arrojándose a sus brazos le dijo:

—Fuiste muy malo cuando te negaste a aceptar mi ayuda, pero ahora no lo eres.

El doctor sonrió pensando en el resentimiento que le guardaba su Letty y le dijo:

—¿No olvidas aquello, eh? Ahora que pasó todo puedo decirte que sin ti no hubiera podido desenvolverme tan bien como lo he hecho.

—Lo ves? — exclamó ella. — Y es que siempre me has tratado como a una chiquilla sin comprender que ya voy siendo una mujerita.

—Es verdad — respondió el médico sin poder ocultar un poco su tristeza. — Nunca, hasta ahora, supo comprender que ya has crecido y que esos hombros sostienen una cabecita de mujer.

Letty lo cogió por un brazo y advirtiendo en el rostro de su tío las huellas de su cansancio, le respondió:

—Llevas razón, llevo encima una cabeza, que piensa que necesitas descanso... Hasta los dioses necesitan dormir... Conque a la cama.

El médico no se hizo repetir la orden y le confesó:

—Te confieso que estoy cansa-

do, pero ahora, después de esta epidemia, me sobrará tiempo para dormir... Es lo único que se hace aquí.

Se volvió a los pequeños y recordando la conversación en que había sorprendido a la muchacha les dijo:

—Si Letty quiere contaros cuentos que lo haga, pero que no me complique a mí en ellos.

—Anda, anda — le dijo cariñosamente la deliciosa chiquilla. — Anda a dormir, que buena falta te hace.

Pasaron los días. La epidemia, gracias al esfuerzo del doctor, quedó anulada y todo volvió a su primitiva calma.

Muchas madres que tuvieron a sus hijos enfermos y que fueron asistidos por el doctor acudieron para pagar sus servicios, pero el doctor, sabiendo la pobreza en que vivían, no les quiso cobrar nada aun cuando a él también le hacía falta.

Y en estas circunstancias un día Jimmy le dijo a su padre:

—Papá, yo no quiero seguir aquí... He pensado estudiar para médico y quiero ir a la capital.

Aquello era lo que hacía tanto tiempo que pensaba el doctor que le sucedería y por lo mismo no le

cogió desprevenido y únicamente le preguntó:

—Estás decidido a hacer eso que me dices?

—Ya lo creo—contestó su hijo.—He aprendido muchas cosas de ti y quiero seguir tu ejemplo.

—No, hijo mío—se apresuró a decirle su padre—. No sigas mi ejemplo. Puedes hacerte médico, pero procurando hacerte también especialista de algo... No seas un practicón de pueblo como me pasa a mí.

—Tú no puedes quejarte—le dijo su hijo—. El mismo inspector de Sanidad te ha felicitado por tu comportamiento en la epidemia de viruela. Lo que no me explico es cómo te resignas a vivir aquí.

—Yo tampoco—le respondió su padre—. Desde que llegué pensé solo en marcharme, dedicarme a investigaciones de neurología, pero no he podido salir de aquí a pesar de los años que llevo en este pueblo.

—Sin embargo—siguió diciéndole su hijo—, con el prestigio que adquirió en esta epidemia, podría trasladarse.

Eli suspiró con tristeza. Comprendía él lo difícil que era para un hombre de su edad y respondió:

—Eso ya no puedo hacerlo... Necesitaría una persona que se in-

teresara por mí y esto no lo tengo. Me contentaré con que tú puedas hacer lo que yo no pude.

A los pocos días Jimmy se trasladó a la capital. ¡Con cuánto dolor lo vieron partir su padre y Sara!... Los dos le adoraban y la ausencia de aquel muchacho dejaba la casa en la más triste soledad.

Pero los dos viejos, sin egoísmo alguno, pensando únicamente en la felicidad del muchacho, se resignaron a dejarle partir y cuando volvían hacia la casa, vieron parado un auto en la puerta de la casa de Letty y Sara preguntó a su hermano:

—¿Sabes de quién es ese auto?
—Sí, de Randford—respondió el médico.

—¿Sabes que son novios?
—Me lo supongo y eso que no me gustan mucho esas relaciones—le dijo el médico—. Su padre es el prestamista del pueblo y pondrá algún inconveniente a la boda.

En efecto, el padre de Randford era el mismo prestamista que le hipotecó la casa a Eli, y que todavía no había cobrado el dinero.

—¿Y qué harán a esta hora aquí los dos solos?—exclamó Sara.

—¿Qué quieras que hagan?—exclamó el médico—. Lo que hacen dos jóvenes que se quieren. El es un buen muchacho.

—Para ti todo el mundo lo es—le dijo su hermana—. Pero yo hasta que no los vea casados no estoy tranquila.

El médico miró a su hermana con cierta severidad y la regañó diciéndola:

—¿Por qué tienes siempre que pensar mal de todo el mundo?

—De todo el mundo—respondió Sara—, no; pienso solamente mal de aquella gente que sospecho... Para mí ese joven no va con muy buenas intenciones.

Eli sintió que la indignación le ahogaba y le dijo sordamente:

—Pues que se ponga en guardia, que el que le haga algo a Letty tendrá que véselas conmigo.

Cruzaron por delante de ellos sin que los jóvenes se dieran cuenta, entusiasmados como se hallaban en su discusión, aprovechando aquellos momentos en que libres de la vigilancia paterna podían hablar de sus amores.

El prestamista oponía reparos a los amores de su hijo con aquella muchacha y él le decía a ella:

—Debemos marcharnos del pueblo... Lejos de aquí seremos felices.

—Eso no está bien... No insistas que no lo haré.

—Di mejor que no me quieras... Yo por ti lo abandono todo y tú

no sabes renunciar a nada por mí.

—De sobras sabes que te amo—le respondió Letty—, pero es que... tengo miedo.

—Miedo a qué? — exclamó él—. ¿No me tienes a tu lado?... ¿No estaremos siempre juntos?

Y tanto fuego puso en sus promesas, tanto ardor en sus palabras, que la inocente Letty se dejó convencer y el muchacho la cogió por una mano llevándola hacia el auto y la dijo:

—¿Ves? En unos minutos estamos fuera de aquí... Buscaremos quien nos case y cuando volvamos ya nadie se podrá oponer a nuestros amores.

Esto último fué lo que decidió a Letty a seguir el consejo de su novio y subió al coche, sin darse cuenta del paso que iba a dar, del que dependía la felicidad de toda su vida.

Randford, seguro de su pericia para conducir, impulsó al coche una marcha excesivamente fantástica, sin cuidarse siquiera de encender los faros, para que nadie pudiera darse cuenta de su huída. Volaban materialmente por la carretera y en aquella loca carrera, cada revuelta de la carretera era un peligro inmenso para los dos enamorados.

De pronto otro coche se interpuso entre el de ellos. Randford

quiso virar rápidamente, pero antes de que pudiera hacerlo el coche se les vino encima, dió un frenazo y salieron despedidos del auto.

Pasados unos minutos, Letty volvió en sí y miró a su alrededor, encontró a su novio que no daba señales de vida y comenzó a gritar pidiendo auxilio.

Afortunadamente los viajeros del otro coche los recogieron y los llevaron a sus casas y apenas había llegado el doctor a la suya cuando le llamaron por teléfono anunciándole que Letty estaba en cama.

Corrió a prestarle auxilio y como la joven apenas si había recibido daño procuró consolarla y le preguntó:

—¿Pero cómo ha sido eso?... ¿Qué ha pasado?

—Ha sido un accidente—le respondió ella, sin cesar de llorar.

—Ya me lo supongo—respondió el médico—. No creo que fuerais a hacerlo aproposito. Pero, ¿cómo sucedió?

—Pues venía un auto en dirección contraria y al desviarnos volcó el nuestro.

Desde la casa de Letty se trasladó a la de Randford y en cuanto examinó al herido le dijo a su padre:

—Llame al hospital de Hampton. Quiero hablarles yo mismo.

A los pocos minutos estaba en comunicación con el hospital y les puso al corriente de lo que sucedía diciéndoles:

—¿Está ahí mi hijo?... Debe haber llegado.

—Sí—le respondieron.

—Pues que se ponga él en el aparato.

Jimmy se puso al habla con su padre y cuando éste le comunicó lo que pasaba, el muchacho le respondió:

—Yo hablaré con los médicos para que esté todo a punto.

—Yo le he hecho la primera cura—siguió diciéndole Eli—, pero será precisa una intervención. Mañana mismo lo llevaremos a ésa.

Cuando dejó de hablar el prestamista le preguntó alarmado:

—Pero, ¿qué es lo que tiene?

—Fractura y posible dislocación del codo... Hay riesgo de infección.

El prestamista lo miró extrañado y exclamó:

—¿Y sabe que tiene eso y no ha llamado a un especialista de Nueva York?

—No es necesario—le dijo el médico—. Lo llevaremos a Hampton y allí se curará igual.

En efecto, al día siguiente, en una ambulancia, fué trasladado el herido al hospital de Hampton y el doctor Tillingast fué el que se ocupó

de operarlo. Asistieron a la operación el hijo de Eli y él mismo y cuando quedó terminada los que habían presenciado la operación salieron haciendo elogios del doctor y diciendo:

—Este doctor Tillingast es una maravilla.

Poco después salía el mencionado doctor y al ver a Eli, preguntó al médico que le acompañaba:

—¿Dice usted que ese vejete es un practicón de pueblo?

El otro médico vió a Eli con su hijo y respondió:

—Sí, es aquél que está allí.

Tillingast se acercó a él y le preguntó:

—¿Usted es el doctor Eli?

—Sí, señor—respondió humildemente el médico—, y éste es mi hijo, que está interno aquí.

—Pues permítame que le felicite—siguió diciéndole el cirujano—. No creí posible salvar ese brazo... Lo único que lo salvó y quizás la vida también, fué la cura de urgencia que le ha hecho.

El médico, sin dar importancia a lo que había hecho y con la humildad que siempre le caracterizaba, respondió:

—Me alarmé al pensar que podría quedarse el brazo paralítico, por ignorancia mía.

El célebre cirujano no le quitaba

la vista de encima y al fin le preguntó:

—¿Lleva usted mucho tiempo practicando en la aldea?

—Unos diez y nueve años—respondió Eli.

Fué aún mayor la sorpresa del otro médico, que le dio:

—Diez y nueve años?... Muchas cosas han pasado en ese tiempo... Descubrimientos... experimentos...

—Es verdad—se condolió Eli—.

¡Ah! si yo hubiera podido ponerme al corriente... Si yo tuviera voto en ello, todo médico volvería a la Facultad cada cinco años a estudiar.

—¿Lo cree usted necesario? —preguntó con cierta sonrisa el cirujano.

—Imprescindible—replicó Eli—. Lo digo como lo siento.

Tillingast quedó un momento pensativo y al final, como respondiendo a un pensamiento suyo, le preguntó:

—¿Querría usted venir al Medical Center?

El doctor Eli miró asombrado a su colega, como si no le hubiera oído bien lo que le decía y al fin exclamó:

—¿Y qué haría yo allí?

—Pues estudios de ampliación. Allí está el doctor Babcock, el famoso neurólogo Estan Meller, el

gran patólogo Sampson, el investigador del cáncer...

—¿Y usted me llevaría allí? — preguntó incrédulo el pobre médico de pueblo.

—Claro que sí—volvió a decirle el cirujano—. Eso es lo que le ofrezco.

El doctor Eli sonrió con tristeza. No creía que a su edad podía hacer ya nada y le respondió:

—¿Volver a empezar a mis años? Eso sería una locura...

Jimmy, que escuchaba atentamente la conversación, insistió con su padre diciéndole también:

—Acepta, papá.

Pero el viejo movió la cabeza melancólicamente y le dijo a Tilligast:

—Yo gano poco y mi hijo se doctora dentro de poco... El quiere de-

dicarse a una especialidad... Yo pensaba mandarle a Viena... Ya lo tenía todo dispuesto y quiero llevar a cabo lo que me he propuesto...

—Es que eso no le impedirá venir a la clínica—le dijo el cirujano—. Allí también ganará dinero.

Eli no pudo menos que echarse a reír. El tomaba todo aquello como algo tan extraordinario que tenía que echarlo a broma y por lo mismo volvió a exclamar:

—¡Mire que yo estudiando otra vez!...

—No le importe la edad—insistió.

Y ante la insistencia del cirujano, la de su hijo y los deseos que además tenía él, el doctor Eli terminó por acceder a lo que le proponían y aceptó marchar a Nueva York y abandonar el pueblo.



Se encargó de la niña.



El doctor Eli Watt



- ¿No me recuerda?



- La nena está bien.

TD-10



Celebraban la fiesta
de Año Nuevo.



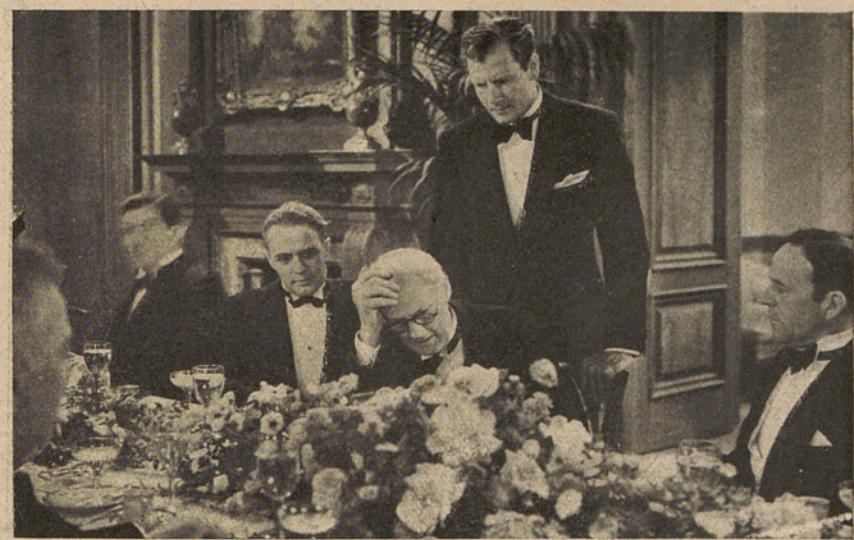
- Escribe cuando lle-
gues al otro lado.



La vida de Lefty era para él preciosa.



Acudía a todas partes.



Jimmy, emocionado, se acercó a abrazar a su padre.



A su lado estaba Randford, sin dar señales de vida.



El triunfo le recom-
pensaba sus desvelos.



Su marido corrió
a su lado.



Los dos jóvenes se
sintieron felices con
la bondad del que los
unía.



- Jimmy ha logrado
muchos triunfos



—¿Qué va a ser
de nosotros?



Adivinó en aquella
llamada la grave-
dad de Letty.



TO-42

EL HOMBRE DISPONE Y... LOS POBRES DISPONEN

Cuando Eli Wast volvió al pueblo no cabía dentro de él toda la alegría que llevaba. Pensaba en la sorpresa que iba a dar a su hermana cuando la dijera que se marchaban a Nueva York para seguir él estudiando. A pesar de su edad seguía soñando como si fuera un chiquillo y era que las almas como las suyas, ajenas a toda maldad humana, llenas únicamente de sentimientos nobles, continúan siempre siendo niñas. El cuerpo envejece, se agotan las fuerzas, pero el alma continúa tan infantil como en los primeros de la vida.

No necesitó su hermana mucho esfuerzo para adivinar en cuanto lo vió que algo extraordinario le ocurría y le preguntó en seguida:

—¿Qué te ha pasado en Hampton?

—A mí, nada—respondió el médico.

—Algo te ha pasado—insistió su hermana—. Tu aspecto me lo dice. ¿Qué ha sido?

—Pues verás—comenzó diciéndole el médico—. Me ha ocurrido una cosa muy graciosa. ¿No sabes que tengo que volver a estudiar?

—Tú?—preguntó extrañada su hermana—. ¿Volver tú a estudiar a tus años?

—Sí, sí, volver a estudiar—continuó diciéndole él—. El doctor Tillingast quiere que vaya a Nueva York para especializarme... Hasta me ha felicitado por la cura que le hice al hijo de Randford.

—¿Y tú qué has dicho?—preguntó su hermana, temiendo que hubiese rechazado el ofrecimiento.

—Pues... ya verás... yo... ante tanta insistencia no he tenido más remedio que aceptar. Al principio me negué, pero él y Jimmy insistieron y al fin accedí... ¡Ya ves yo estudiando, a mi edad!

—La edad es lo de menos—respondió ella—. Has hecho muy bien. Ya verás qué bien lo pasaremos allí. Por lo pronto dejaremos de comer tantas patatas y podrás visitar a otra gente que te paguen mejor.

—¿Te parece bien lo que he hecho?—preguntó el doctor Eli.

—Claro que sí, ¿acaso es justo que te encierres para siempre en este pueblo?

Y con la alegría propia del momento se abrazó a su hermano y empezó a disponer las cosas para la marcha.

En un pueblo como aquél, las noticias corrían como la pólvora y la de la marcha del médico fué uno de los acontecimientos que más se comentaban. Todos daban ya por hecha la marcha del doctor y, sin embargo, había muchos que no podían creer en ella. Era entonces cuando se daban cuenta de lo que perdían y era entonces cuando más sentían quedar sin un hombre como aquél que durante los diez y nueve

años que había vivido en el pueblo no había hecho otra cosa que sacrificarse en beneficio de los demás sin reclamar nunca ni la más pequeña parte en aquellos beneficios.

En la puerta de su casa apareció el letrero de «Se alquila», con la inscripción de que los pacientes serían en adelante asistidos por el doctor Jenkins de Hampton.

Mas así y todo su casa se vió llena de clientes, como si no figurase el tal cartel, y Sara, desesperada, llamó a su hermano y le dijo:

—Esa gente sigue esperando y no quiere irse... ¿Qué hago?

El doctor Eli Watt conocía el genio de su hermana y temiendo que lo tirara por la tremenda fué el mismo en persona adonde estaban sus clientes. Todos eran gentes de la clase pobre, seres que no tenían apenas para vivir más que lo que les producían sus tierras y que, por lo mismo, tenían que acudir a él en vez de al doctor Jenkins que cobraba por sus visitas.

Entró Eli donde estaban y les dijo afectuosamente:

—Amigos míos, no puedo empezar tratamientos que no he de concluir... Pueden dirigirse al doctor Jenkins, que él los atenderá.

—El doctor Jenkins cobra dinero —le dijo una mujer lastimosamente.

Otra se acercó a él y humildemente le dijo:

—Usted debe quedarse aquí... Usted no debe marcharse... ¿Qué va a ser de nosotros sin usted?

Y tantas súplicas le dirigían que el mismo doctor empezó a dudar si realmente debía irse o quedarse.

Su hermana que había llegado tras él, al advertir aquella duda se encaró con los pacientes y les dijo:

—En mi vida he visto gentes como ustedes...

Nadie se atrevió a responderle y Sara continuó diciéndoles:

—Al principio nadie quería saber de Eli y tuvo que afirmarse aquí casi a la fuerza, y ahora que quiere irse, todos quieren impedirlo... Eso no está bien... Demasiado ha hecho él por ustedes, déjenle ahora que haga algo por él mismo.

Y ante las energéticas palabras de Sara, los que se hallaban esperando al doctor terminaron por marcharse, sintiendo el pobre Eli el disgusto que les causaba, hasta el punto de decirle a su hermana cuando quedaron solos:

—¿No crees que hago mal en abandonar a esta pobre gente?... Hay muchos que no tendrán medios para pagar a mi sucesor.

—¿Y eso qué te importa a ti?—le dijo su hermana—. Pensaban

ellos lo mismo cuando apenas si teníamos para comer?

En aquel momento apareció Letty. Todas las preocupaciones de Eli desaparecieron a la presencia de la joven. Corrió a ella y la abrazó cariñosamente preguntándola:

—¿Estás ya bien?... ¿Se te ha pasado el susto?

La muchacha afirmó con la cabeza y al fin les dijo:

—He venido a decirles adiós. Temí que se fueran sin despedirse de mí.

—Sin despedirme de ti...—¿Cómo puedes suponerlo, chiquilla?

La muchacha, sin poder contener la pena que la ahogaba, se abrazó al doctor y se echó a llorar como una Mardalena. El, creyendo que el motivo de sus lágrimas era aquella separación, trató de consolarla diciéndole:

—No te apesadumbres así... Alégrate, muchacha, por fin voy a realizar mis sueños de toda la vida...

Pero la joven cada vez lloraba con más amargura y Eli, que conocía a fondo el temperamento de Letty, comprendió que no era solamente su marcha la que la hacía llorar de aquella manera, sino que debía haber un motivo mucho mayor y por lo mismo la preguntó tranquilo:

—Letty, ¿qué te sucede?

Ella siguió llorando cada vez con más pena y el doctor tuvo que repetir la pregunta, hasta que la muchacha, entre balbuceos, le respondió:

—¿Qué es lo que piensas de mi llanto, tío Eli?

El pobre doctor nada podía adivinar de la causa de aquellas lágrimas y le dijo:

—No sé lo que te obliga a llorar de esa forma, pero sea lo que sea debes confíármelo a mí... Ya sabes cuánto te quiero y que lo que no hiciera por ti no lo haría por nadie... Dime qué te pasa.

—Pues—empezó la muchacha, al mismo tiempo que ocultaba su cabecita, en el pecho del doctor, para sentir menos vergüenza—, yo y Bill Randford nos queremos.

—Toma—exclamó inocentemente el médico—. Eso ya lo sé. ¿Lloras por él? Pues no te preocupes que no le pasará nada. Ya ves cómo ha vuelto a su casa y dentro de unos días estará sano y bueno.

—Ya lo sé—respondió la muchacha—, pero no es ése mi temor, sino que yo no quiero suplicar a nadie... y no quiero pasar por la vergüenza de verme abandonada por Bill después de lo que ha pasado entre nosotros.

El pobre sintió como si le dieran un golpe en pleno corazón. La con-

fesión de Letty le dió a entender todo lo que él jamás hubiera sospechado y al darse cuenta de la situación de aquella chiquilla a la que tanto adoraba, procuró tranquilizarla diciéndola:

—No te apures, pequeña. Has hecho muy mal, pero todavía tiene remedio. Yo haré que Bill acceda a ser tu esposo y a cumplir su promesa.

—El no se niega—respondió Letty—. Es su padre el que no quiere.

—Pues su padre accederá también... Ya verás cómo todo se arregla. Ya no me voy a Nueva York.

—¿De verdad? — preguntó la chiquilla, no pensando más que en ella misma.

—Claro que no... ¿Crees que voy a dejarte ahora que necesitas de mí?... Que se vayan al diablo todas las investigaciones y todos los sueños. Primero eres tú que nada.

Y cosa rara, o mejor dicho, una prueba del cariño que la tenía Sara, la dió en aquellos momentos dando por bueno lo decidido por su hermano con tal de que Letty fuera feliz.

El doctor consiguió tranquilizar a Letty y le dijo:

—Anda, vete a tu casa y no pienses más que en que pronto serás la esposa de Bill... Bien sabes que ja-

más te he faltado a nada de lo que te he prometido.

El mismo la acompañó hasta la puerta y cuando volvió a entrar se encaró con su hermana y la dijo:

—Mal asunto es éste... Voy a ver a Randford.

—¿Crees que convencerás a un hombre como ése?—le dijo su hermana desconfiada del éxito de aquella visita.

—Yo creo que sí—exclamó Eli. —En el fondo todos tenemos mucho de humano... quizás los que menos lo muestran... Veremos.

Cogió el sombrero e inmediatamente se dirigió a casa de Randford.

Cuando llegó lo encontró discutiendo con su hijo, al que le decía:

—No permitiré que veas más a esa muchacha.

—Pero, papá — exclamó débilmente el muchacho—. Yo amo a Letty.

—¿Y qué me importa a mí?—le respondió duramente su padre—. Ya me has dado bastantes disgustos... Me has costado un dineral...

Vió al doctor Eli y lo saludó diciéndole:

—A propósito. Me alegro de que haya venido... Quiero ajustar cuentas con usted.

Se lo llevó a otra sala y abandonando su aire enfadado que había

tenido con su hijo, a quien el prestamista adoraba por ser el único, le dijo al doctor:

—Ya sé lo que ha hecho usted por mi hijo. Todos me han dicho que le debe a usted la vida... No sabe cuánto se lo agradezco, a la vez que le pido que me perdone por lo que le acosé por la hipoteca.

Sacó el documento que había firmado Eli y que todavía no había podido ser retirado y lo rompió diciéndole:

—Ahora estamos en paz.

—Gracias—respondió el médico sin emocionarse, ni darle importancia a lo que hacía el prestamista— pero ahora quiero saber qué va a hacer con esa muchacha.

El prestamista se encogió de hombros y respondió:

—¿Yo?... Nada... ¿Cree usted qué voy a permitir que se haga rica a mi costa?

—No diga tonterías—le dijo Eli.

—Demasiado sabe usted que Letty no son de esas mujeres que van detrás del dinero.

—Pues yo no quiero ese matrimonio con una hija de Mac Ginnis. No he trabajado yo toda mi vida para que se beneficie una intrusa.

Aquella palabra de intrusa acabó con la paciencia del doctor que se encaró con el prestamista diciéndole:

—Esa intrusa, como dice usted, es para mí lo mismo que una hija.

—Pues cásela con su hijo—replicó de mal humor el prestamista—. Yo ya le he pagado a usted.

El doctor sonrió tranquilamente. Había adivinado el punto flaco de aquel hombre y pensaba atacarle por allí. Por lo mismo le dijo:

—¿Cuánto le ha cobrado el doctor que ha operado a su hijo?... Una enormidad, ¿verdad? Pues pregúntele usted cuánto debo yo cobrar que es quien verdaderamente ha salvado la vida de Bill. Cree usted que con cancelar una hipoteca de doscientos cincuenta dólares ya ha pagado? Pues se equivoca. Mis salarios no es usted el que ha de precisarlos, si no yo y tal vez cuando le pase la cuenta sea usted el que tenga que suplicarme que Letty se case con su hijo...

—¿Usted haría eso conmigo?—preguntó asustado el prestamista.

—¡Claro que sí!—respondió Eli.—Hace unas noches vi a un joven moribundo, en un camino y le auxilié. Ese hombre era su hijo... Ahora veo a una joven desesperada, comprometida y quiero también auxiliarla... Yo no soy un dios para disponer de la vida o de la muerte, pero puedo, igual que usted suavizar el dolor. Si usted se niega a lo que yo le pido, yo haré de forma

que toda su dinero pase a mi poder, para dotar con él a Letty... Ya veremos quién gana.

Y sin darle más explicaciones salió de casa del prestamista, seguro de que había ganado la partida.

Cuando llegó a su casa, Sara que le esperaba intransquila le preguntó:

—¿Lo has convencido?

—Lo he atemorizado que es mejor todavía—respondió el doctor.

Y ante la mirada interrogativa de su hermana, le refirió la conversación que había tenido con Randford, terminó diciéndole:

—Ya verás qué poco tardará en venir con bandera de paz. Ese hombre sólo tiene dos amores por los que se dejaría arrancar la vida: su hijo y el dinero. Le he tocado a uno de ellos y responderá.

No se equivocó el doctor al pensar de aquella forma, puesto que al día siguiente se presentó Randford en su casa y le dijo:

—He venido a darle una satisfacción. Ayer se fué usted algo disgustado y no quiero que entre los dos exista la menor diferencia.

—Ya sabe usted cómo ha de liquidarla—respondió el doctor.

—Sí, y por eso precisamente he venido... Quiero que tratemos de ello con más calma.

—Por mi parte puse toda la calma necesaria... Usted se negó y ello

me llevará a hacer algo que de verdad siento.

—No habrá lugar a ello—replicó el prestamista—. Después de todo, mi dinero ha de ser de mi hijo. Usted sabe que yo le adoro y si su felicidad es, como él dice, casarse con Letty, ¿por qué no acceder a esa boda?

—¡Admirable!—exclamó el viejo—. ¡Admirable!... Ahora es cuando es usted quien debe ser. Yo siempre se lo dije a mi hermana... Randford es una bellísima persona, lo único que le pasa es que él se empeña en aparecer malo, pero, en el fondo, es un gran hombre.

—Claro que sí—exclamó riendo el prestamista—. Ya verá, ya verá qué boda vamos a hacer... Dejaremos atónitos a todos los del pueblo... Por cierto que yo pienso divertirme de lo lindo... y usted también.

—No faltaba más—exclamó riendo el doctor.

Y como dos chiquillos empezaron a trazar planes para la boda de los dos muchachos como si en realidad los novios fueran ellos.

Fué para el doctor Eli uno de los días más grandes de su vida aquél en que se celebró la boda de Letty. El padre de la muchacha no quiso llevarla al altar y le dijo al doctor:

—Mi deber es entregar mi hija

a usted, para que usted haga lo que crea más conveniente. Letty no pagaría con cien vidas que tuviera todo lo que usted ha hecho por ella y yo no quiero quitarle el placer de que usted mismo se la entregue al novio.

El doctor se sintió emocionado por aquella prueba de reconocimiento que le daba el padre de la muchacha y le respondió:

—Ni por cortesía quiera rehuso lo que me ofreces. Ya sabes lo que quiero a Letty y para mí no hay placer más grande que el saber que va a ser feliz.

Y tal como lo convinieron se hizo. El mismo doctor Eli fué quien llevó del brazo a la desposada hasta entregársela a su futuro marido y Randford cumplió su promesa de que aquella boda dejaría recuerdo en todos los del pueblo por su prodigalidad.

Jimmy que ya se había doctorado asistió a la boda y aprovechó aquella visita a sus familiares para despedirse de ellos y marchar a Viena, según los deseos de su padre, donde pensaba hacerse un gran especialista.

Nuevamente, al llegar a su casa, insistió con su padre para que se marchara y le dijo:

—¿Por qué no vas a Nueva

York? Todavía tienes tiempo de salir de este pueblo.

—No quiero—respondió el médico—. Yo me quedaré aquí haciendo de practicón, de lo que sea, pero aquí seré feliz. Tengo todo lo que puedo desear. Tú te vas a Viena, Letty se casó, me dará nietecillos y viviremos felices. ¿Para qué buscar otra felicidad que ésta?... Tú eres joven y debes procurar realizar tus sueños... Yo desde aquí procuraré que nada te falte y serás mi orgullo.

Jimmy se sintió emocionado ante la nobleza de los sentimientos pa-

ternos. Sintió que las lágrimas le humedecían los ojos y se abrazó a su padre diciéndole:

—Papá, eres el hombre más bueno que he visto en el mundo.

—Es que todavía has visto poco mundo—le dijo riendo el viejo—. Ya verás cuando vuelvas de Europa, como has cambiado de parecer.

Pero Jimmy no le creía, no podía creerlo y seguía creyéndole como algo más que un hombre, como un ser extraordinario cuya felicidad consistía únicamente en hacer la de todos los que estaban a su lado.

UNA FIESTA DE AÑO NUEVO

Hacía cinco años que se había casado Letty. Durante aquel período, con la rapidez con que la civilización y las nuevas costumbres se introdujo en todas partes, el apacible pueblecillo había cambiado por completo. Ya no era aquel miserable villorrio al que había llegado hacia veinticuatro años el pobre doctor Eli, ya se había convertido en una bonita ciudad, donde se seguía la moda y donde sus habitantes se habían ido acostumbrando a las comodidades de la vida moderna.

Al cumplirse los cinco años del casamiento de Letty, la noche de fin de año se habían reunido en casa del doctor. Letty era madre de tres preciosas criaturitas a quien ella se había cuidado de ir inculcándole

un cariño inmenso hacia el viejo protector. Letty, después de casada había seguido siendo la niña mimada de los viejos y había conquistado por entero el cariño del prestamista que la quería tanto o más que a su propio hijo. La bondad de la muchacha había borrado los prejuicios que en un principio tenía el prestamista y se ufanaba finalmente de tener una nuera, como él decía, mejor que nadie del pueblo.

Letty sonreía cuando le oía alabarla de aquel modo y le pagaba aquel cariño con mimos y caricias que el viejo prestamista recibía con la misma satisfacción que un chiquillo recibe una golosina. Por si algo le faltaba para apoderarse de su voluntad los nietos lo traían loco y de esta manera todos eran felices

y ninguna nube amenazaba con turbar aquella dicha apacible de que gozaba.

Sin embargo, Letty, no era del todo feliz. Tenía un defecto que no la dejaba serlo del todo y era los celos. Amaba de tal forma a su marido, que le bastaba que él mirase a cualquier mujer para creer que le era infiel y esto no la dejaba vivir. Como no tenía motivos para quejarse de él, ocultaba aquellos sentimientos, pero interiormente sufría lo indecible. Nadie se había dado cuenta de ellos más que el doctor. Para él, el alma de Letty era un libro abierto en el que leía de corrido, sin que la joven pudiera ocultarle ningún sentimiento por íntimo que fuese. Le bastaba al viejo mirarla a los ojos para darse cuenta de lo que le ocurría y muchas veces le reprochó su manera de ser diciéndola:

—¿Qué quejas tienes tú de Bill, para sufrir de esa manera?

—Pero si yo no sufro, tío—le respondía ella, queriendo fingir una alegría que no sentía.

Mas el médico sonreía con tristeza, sin dejarse engañar y volvía a decirle:

—Ya sabes que a mí no puedes engañarme... Te conozco mucho y sé cuándo me dices la verdad y cuándo me engañas... Tú sientes celos de tu marido y no tienes de-

recho. ¿Acaso te ha dado motivos para ello?

Letty bajaba la cabeza y le respondía:

—Ninguno, pero no lo puedo remediar... Le amo tanto que temo que alguna pueda robármelo.

—Pues debes desechar ese temor. Bill te quiere, lo sé, y lo único que consigues con eso es amargarle la existencia y tú sufrir... ¿No comprendes que ello te puede acarrear una enfermedad y tienes tres hijos a quien cuidar?

Y con la promesa de que cambiaría de manera de ser, Letty hacía las paces con el viejo, pero con la seguridad éste de que aquéllo era inevitable.

Había que tener en cuenta que Bill no ponía tampoco nada de su parte para evitar aquellos celos. Ciento era que jamás hizo nada que pudiera reprochársele, pero no podía evitar cada vez que estaba junto a una mujer bonita, alabarla y ponderar su belleza, sin darse cuenta del dolor que causaba a su mujer. Era algo en él tan inconsciente que no se daba cuenta hasta que se lo advertía ella.

Como decímos, la noche de fin de año se hallaban todos reunidos en casa del doctor Eli. Este se distraía con el prestamista y dos amigos más jugando a las cartas, su hermana tocaba en el órgano una

vieja música, Letty asaba en la chimenea unos bocadillos para comerlos poco después y Bill conversaba con una muchacha que no le dejaba un solo momento libre, sin acordarse de que era el marido de Letty.

Los chiquillos jugaban alegremente por allí y todo parecía respirar un ambiente de dicha inmensa.

Letty, de cuando en cuando, miraba a su marido y sentía unos celos irreprimibles al verle hablar tan animadamente con aquella muchacha. Las risas de los dos resonaban en sus oídos como martillazos y Sara se dió cuenta de ello.

La buena mujer se daba cuenta del mal rato que estaba pasando Letty y para impedirlo se acercó adonde estaba la joven, la quitó de lo que estaba haciendo y la dijo cariñosamente:

—Dame eso, tú atiende a los invitados y a tu marido.

—Gracias—respondió Letty.

Y levantándose se fué adonde estaba su suegro y su tío y los abrazó cariñosamente diciéndoles:

—Veo que hoy no se pelean ustedes en el juego...

—Porque hoy es él el que me gana — respondió el médico —. Tengo que dejarlo ganar para que no se enfade... Está tan acostumbrado a hacer lo mismo en toda su vida...

—¿Vamos a empezar ya a discutir?—le dijo la muchacha regañándole cariñosamente.

Su suegro, al ver que salía en su defensa, exclamó alegremente:

—Haces bien, muchacha, muy bien... Ya ves como es él quien siempre tiene la culpa... Para que luego me digas a mí que soy un viejo cascarrabias...

—Ya sabe que se lo digo en broma—respondió ella—. Los dos sois muy buenos y jamás podré pagaros todo el bien que me habéis hecho... a mí y a quien no se lo merece tampoco.

Y al decir esto último miró a su marido, en el preciso momento en que éste se acercaba a la joven para decirle algo en secreto. Aquella actitud terminó con la serenidad de Letty que se acercó a ellos diciéndole a la joven:

—He de advertirle, por si acaso no lo sabe, que este señor es mi marido... Creo que con ello se lo he dicho todo.

Y a penas acabó de decir aquello se echó sobre un sillón llorando amargamente. Eli y el prestamista acudieron a prestarle ayuda y el mismo marido quiso darle una explicación mas todo fué inútil... Letty lloraba sin poderse contener, mientras que Randford regañaba duramente a su hijo por lo que había hecho.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Desde aquella noche entre Letty y su marido no hubo un momento de sosiego. Los celos de ella no le dejaban vivir y eran casi a diario los altercados que tenían.

En uno de éstos, Letty enfermó gravemente y su dolencia adquirió síntomas tan alarmantes que hizo necesaria la intervención de las celebridades médicas.

Jimmy, que había vuelto de Europa fué el que se cuidó de elegir a los facultativos que habían de operar a Letty. Eran Tillingast y Babcock, las dos grandes celebridades del mundo médico que habían accedido a venir al pueblo solamente por tratarse de Jimmy, quien ya se destacaba por su talento entre los grandes doctores.

Mientras se hacían todos los preparativos para que la paciente estuviera en disposición de poder ser operada, Jimmy habló con su padre de algo que le interesaba mucho y le dijo:

—Papá tenemos que hablar de algo de mucho interés.

—¿De más interés que de la vida de Letty?

Jimmy comprendió su egoísmo y arrepentido de ello, comprendiendo que su padre no pensaba en aquellos momentos más que en Letty, se excusó diciéndole:

—Perdóname, papá. Sé que llevas razón, ahora no debemos pensar más que en ella.

Y los dos hombres se dirigieron hacia el hospital donde había de ve-

rificarse aquella misma tarde la operación.

Eli no se separó ni un instante del lado de la joven, hasta el momento en que ésta fué colocada en la camilla.

Letty le hizo una señal para que se acercara y cuando lo tuvo junto a ella le dijo:

—Bésame, tío.

Eli, con el corazón desgarrado por el acento de tristeza de Letty se acercó a ella y procuró sonreír al mismo tiempo que la besaba. Sentía el cosquilleo de las lágrimas en los ojos y el pobre viejo tenía que hacer un verdadero esfuerzo para no abrazarse al cuerpo de Letty y dar rienda suelta al dolor que experimentaba.

La joven, pensando en la operación que iban a hacerle le dijo:

—Preferiría que fueses tú el que me operase... Yo tengo más fe en ti que en nadie.

—No digas eso, Letty—le dijo el viejo médico—. Estás en mejores manos que las mías...

—Pero te quedarás a mi lado? —le preguntó ella.

—No me separaré un solo momento—le prometió el viejo.

Y, en efecto, ni un segundo se alejó del cuerpo de la enferma, mientras la estuvieron operando, has-

ta que nuevamente fué transportada a su cama.

Jimmy que había ayudado a la operación, cuando terminó ésta se encontró con su padre en el lavabo y el viejo le dijo admirado de la destreza del cirujano:

—Ha sido una gran operación, ¿verdad, Jimmy?

—Sí—respondió éste sin darle tanta importancia como su padre.—Yo he visto otras parecidas.

—Y, a propósito—siguió diciéndole el viejo—. Ya que Letty está fuera de peligro, ¿quieres ahora decirme lo que te proponías?

—Pues te lo diré en dos palabras. Estoy comprometido.

—¿Que estás comprometido? —Y quién es ella?—preguntó el viejo médico.

—¿Conoces a Stockton, el famoso fabricante de papel? Pues es su hija Joan.

—Joan Stockton—repitió su padre.—¿Y podré verla alguna vez?

—Claro que sí—exclamó riendo el muchacho—. Ha venido al pueblo sólo por conocerte. Se hospeda en el hotel Nacional.

—Pues vamos a saludarla—le dijo el viejo—. ¿Quieres venir conmigo para presentarme?

—Ahora no es posible. Tenemos que hablar de la operación de Let-

ty con los demás médicos... Mañana iremos.

Salió de la clínica y en la puerta se encontró con Joan que iba para conocer al padre de su novio. Al encontrarte con Jimmy le dijo:

—He venido para que me presentes a tu padre.

—Lo siento pero es tarde —le respondió Jimmy—. Voy a una reunión médica y no puedo entretenerme.

—Siempre lo mismo —se quejó Joan—. No puedo hablar contigo un momento seguido. No piensas más que en tus cosas sin acordarte de mí.

—No seas niña —le dijo Jimmy. —Ya comprenderás que no puedo llegar tarde a esta reunión... Ya nos veremos luego.

Y sin esperar la contestación de la joven pretendió marcharse, mas al ver que ella se quedaba triste la dijo, para justificar su actitud:

—Tengo que hacer todo lo posible para darme a conocer... Tú misma lo comprenderás.

—Sí, lo comprendo —repuso ella con tristeza—. Anda vete, que te están esperando.

Jimmy entró en el ascensor, y, sin preocuparse de ella, bajó inmediatamente para ir a la reunión de médicos que debían tratar sobre el caso de Letty.

Aquella tarde, cuando menos lo esperaba, Joan recibió un regalo de su futuro suegro; era una artística maceta con una tarjeta que decía:

«A mi futura hija política, a quien sin conocerla presento encantadora.—Eli Watt.»

Aquella atención por parte del padre de su novio, produjo en Joan tan grata impresión que no pudo resistir al deseo de ir a saludarle y conocerlo. La joven presentía encontrarse con un viejecito cariñoso y sentía por él una simpatía tan grande como si le hubiera conocido de chica.

La mujer que Jimmy había elegido por esposa, era una joven deliciosa. Sus diecisiete años eran inocentes, cosa difícil de encontrar en los tiempos actuales y estaba locamente enamorada de Jimmy. Le conoció cuando estaba a punto de acabar su carrera y desde entonces siguió escribiéndose con él. Esperó su regreso de Europa y cuando ya la fortuna empezaba a sonreírle habían acordado aquella boda. El padre de ella, a pesar de ser un hombre de gran fortuna, no se opuso a los deseos de su hija, puesto que veía en Jimmy a un hombre trabajador e inteligente que prometía mucho dentro de la carrera que había elegido.

Lo único que le molestaba a la pequeña Joan era aquél afán de su

novio de preocuparse casi exclusivamente de sus asuntos dejándola abandonada a ella más tiempo del que ella hubiera preferido.

Se quejaba de ello y su padre le había dicho en muchas ocasiones:

—No debes enfadarte, Joan. Lo que hace Jimmy es justificable. El es joven, empieza ahora la carrera y es noble que quiera hacerse un porvenir... No debes achacar a falta de cariño lo que precisamente es una prueba de ello.

—Yo no digo que no me quiera —protestaba la joven—pero lo que sí digo es que quiere más a sus reuniones médicas y a sus libros que a mí.

Su padre sonreía comprendiendo la exigencia de la pequeña y terminaba acariciándola y prometiéndole que hablaría con Jimmy para que se cuidara más de ella. Claro que esto último no lo hacía nunca pensando en el porvenir del joven y halagándole de que el que debería ser esposo de su hija, fuese tan trabajador como lo era Jimmy.

Había ido Joan al pueblo donde vivía el padre de Jimmy y aprovechando aquel viaje de su novio para ser presentada al que debía ser su suegro, pero nuevamente se encontraba con los inconvenientes del trabajo de él. Por eso en cuanto recibió el obsequio del doctor se dirigió a saludarlo en persona, dándole con ello una muestra de inferioridad muy a tono con su carácter dócil.

Cuando Eli supo que había llegado a su casa la futura esposa de su hijo, se apresuró a recibirla. La primera impresión que le causó la joven no pudo ser más excelente e igual que la que el viejo produjo a la muchacha.

Esta se acercó a él y le dijo refiriéndose al obsequio que había recibido:

—Gracias por su regalo y créame que lo estimo mucho.

—¡Bah!, eso no tiene importancia —respondió el doctor—. El que debe estarle agradecido soy yo, por haber hecho este viaje sólo por conocerme... Tengo una gran alegría al ver que mi hijo ha sabido elegir tan bien.

Joan bajó la cabeza, para ocultar la pena que tenía y le dijo:

—Y yo siento decirle que no me caso ya con su hijo.

El doctor la miró extrañado y sin saber comprender el motivo de aquella decisión le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido entre ustedes? Hoy me comunicó su propósito animadísimo...

—No lo crea —respondió ella—. Jimmy no ve lo que es verdaderamente importante.

—¿Y qué es importante?—preguntó el viejo sospechando que aquel disgusto era una nubecilla de verano que se desharía al primer soplo.

—Pues sencillamente ser más humano y bueno, ser como usted, en una palabra.

—¿Usted cree eso? ¿Usted me cree tan bueno?—preguntó sonriendo el doctor Eli.

—Me lo habían dicho ya, pero si no lo hubiera sabido basta verle a usted la cara para sentirse atraída por su simpatía y bondad.

—Bueno, dejemos mi bondad a parte, que ya me parece que la exageran demasiado y vamos a ver por qué no se quiere casar con Jimmy.

—Pues porque sólo piensa en su profesión—exclamó la muchacha.

El doctor sonrió al ver que todo aquel enfado era hijo precisamente del amor que le tenía y exclamó:

—Sólo piensa en su profesión... y en usted.

—No—protestó ella—de mí no se acuerda. Es como un máquina... Es doloroso amar a una persona así.

—Ya ve usted qué pena, hija mía—le dijo el viejo—pero si usted no

le quiere no hay nada de lo dicho... Lo siento mucho, de verdad que lo siento... Jimmy necesita de alguien como usted... El no conoció a su madre...

—Pero le tenía a usted—contestó ella—usted no le ha olvidado, pero él se olvida de todo.

—No lo crea, Miss Stockton...

—Llámeme Joan—le interrumpió ella—. Quiero que me llame usted familiarmente.

—Bueno, pues, Joan—dijo riendo el médico.

En aquel momento llamaron al teléfono y Eli se puso al habla.

Era el padre de Letty que le decía:

—Letty debe estar muy mal... Jimmy ha traído especialistas de Nueva York, pero yo le quisiera a usted aquí... Venga en seguida...

—Voy ahora mismo—respondió Eli dejando el auricular y diciéndole a Joan:

—Perdóname, pero Letty debe encontrarse muy mal y me llaman... ¿Volveré a verla?

—No me iré sin decirle adiós—respondió ella deando que el simpático viejecito la besara en la frente.

UN NUEVO EXITO DEL DOCTOR WATT

Como le había dicho el padre de Letty, ésta después de la operación había empeorado alarmantemente. Los médicos que la asistían no comprendían el motivo de aquella gravedad y el propio Tillingast le decía a su colega:

—Es incomprendible este caso. Ya le dije lo que he hecho... ¿Sugiere usted algo más?

—Nada—respondió Babcock.

—Verdaderamente no hay nada más que hacer... La operación ha sido feliz y esta gravedad debe ser algo que no comprendemos...

En esto vió a Eli hablando con su hijo y preguntó:

—¿Quién es ese vejete?

—Es el doctor Watt—respondió el otro médico—el padre de Jimmy... Un tiro muy notable...

Y mientras Tillingast le informaba de quien era Eli, éste le decía a su hijo:

—Este no es un caso cualquiera, Jimmy... Es Letty. ¿Te molesta que entre a verla?

—¿Qué puedes hacer que no se haya hecho ya?—preguntó Jimmy, sin fe alguna en la ciencia de su padre.

—Ya veré—respondió a su vez el vejete—. ¿Me dejas entrar?

Jimmy se encogió de hombros, como quien ya tiene perdidas todas las esperanzas y Eli entró al cuarto donde estaba la enferma.

Letty se hallaba tendida en la cama con los ojos cerrados y su respiración fatigosa denotaba la gravedad en que se hallaba.

La asistía una enfermera y al otro

lado de la habitación Bill esperaba con la intranquilidad natural el momento decisivo de aquella gravedad.

El doctor Watt reconoció detenidamente a la enferma y obligó a la enfermera a salir.

Cuando quedó solo con Bill se acercó a él y le dijo:

—Bill, yo no entenderé mucho de medicina, pero entiendo muy bien a mi gente... Yo la vi nacer y vi morir a su madre... Como a su madre a ella debe haberle sucedido algo grave... y no quiere vivir... ¿por qué?

Bill le miró extrañado y el doctor siguió diciéndole:

—Este no es un caso médico, Bill. Esos doctores que están ahí fuera saben cuánto hay que hacer y han hecho todo lo posible... Aquí hay alguna causa... El día de Año Nuevo, a más de estar enferma, Letty no estaba normal.

Bill callaba sin atreverse a responder y Eli, creyendo que había dado con la causa siguió diciéndole:

—Letty parecía como si la hubieran herido en el corazón. Yo sé que le ama mucho y pienso si tal vez...

Bill se llevó las manos a la cara y la ocultó entre ellas, al mismo tiempo que el doctor se le acercaba cariñosamente y le decía:

—Esta no es hora de guardar si-

lencio, Bill. Si hay algún indicio que pueda darme piense que en ello va la vida de Letty.

Bill no pudo contenerse más. Amaba a su mujer y se daba cuenta de que su inconsciencia era el motivo de aquella gravedad, por lo que le confesó:

—Yo nunca sospeché que...

—Luego, ¿hubo algo? —preguntó Eli. —¿Qué ha sido?

—Una muchacha —respondió sinceramente Bill.

—¿Y la quiere usted?

Bill negó con la cabeza y el médico le preguntó de nuevo.

—¿Lo sabe Letty?

—Sí, nos vió un día y tuvimos un fuerte altercado.

Eli quedó unos instantes pensativo hasta que por fin exclamó:

—La cosa es más grave de lo que parece. No creo que la ciencia pueda hacer nada por salvarla. Es ella misma la que se propone morir y necesitamos que reaccione. Vamos a ver si lo conseguimos.

Bill lloraba como un chiquillo y exclamó:

—Nunca me perdonaré este dolor que le causo... Yo no podía pensar que llegase a este extremo.

—Lo sé —respondió el médico—. Me consta de que no es usted malo, pero a veces sin querer causamos daños irremediables.

Bill se abrazó al médico y le suplicó:

—¡Sálvela usted!... ¡Usted es el único que puede salvarla!... ¡Yo le prometo que haré cuanto usted me diga para conseguir que ella me perdone!

—Si se salva ella le perdonará fácilmente —le dijo el doctor—. Le ama a usted demasiado. Voy a intentarlo.

Salió fuera adonde estaba el padre de Bill con su nieta mayor y Eli la cogió en los brazos diciéndole:

—Oye, ¿Hace mucho tiempo que no ves a mamá?

—Sí —respondió la chiquilla— pero yo quiero verla.

—Bueno —le dijo el médico— iremos a verla y jugaremos con ella. Te parecerá que está dormida, pero tú debes despertarla.

Se fué con ella en brazos hacia donde estaba la enferma y le preguntó:

—¿Qué le dirás a la mamá?

—Le diré: Adiós, mamá, me voy a jugar.

—No —exclamó el médico—. Tienes que despertarla y decirle: Mamá ven a jugar conmigo.

Se acercó por fin a la cama donde estaba Letty y dejó cuidadosamente a la pequeña a su lado.

La chiquilla se abrazó al cuello

de su madre y empezó a llamarla diciéndola:

—Despierta mamá... Mamita, despierta; por favor, despierta mamita...

La voz de la niña llegaba como un eco lejano al corazón de madre. Sentía aquella voz que la llamaba, que la reclamaba a su lado e hizo un esfuerzo sobre sí misma para abrir los ojos. El amor maternal más fuerte que ningún otro sentimiento en el mundo, ejerció sobre ella la reacción y alargó una mano para acariciar a la pequeña que se acercó más a ella, besándola y diciéndola:

—¿Verdad mamita que jugarás conmigo?... ¿Verdad que pronto estarás buena y saldremos con papá de paseo?

Al oír nombrar a su marido, Letty miró por la habitación como si lo buscara y Eli que se dió cuenta le dijo:

—Vaya usted a su lado... Lo llamo.

Bill corrió al lado de su esposa, le cogió la mano con que estaba acariciando a su hija y se la cubrió de besos y lágrimas.

La enferma, al sentir sobre su piel las lágrimas de su esposo tuvo la visión exacta del amor que la tenía y pudo sonreír diciéndole:

—Gracias, Bill.

Eli estaba satisfecho. Había ven-

cido la crisis; ya era fácil la curación de Letty y alegre por haber salvado a la muchacha salió de la sala diciéndole a su hijo:

—Letty ha reaccionado.

—¿Qué ha reaccionado? — preguntó extrañado Jimmy. — ¡Eso es imposible!

— Será imposible para ti — respondió el viejo — pero para mí ha sido muy fácil.

Jimmy llamó a los doctores para darles cuenta del cambio experimentado en la enfermedad de Letty y cuando Babcock pudo comprobar la mejoría de la paciente no pudo menos que demostrar su extrañeza y exclamó:

— Esto parece milagroso... Si no lo hubiera visto no lo habría creído nunca... ¿Quién ha realizado este milagro?

— El padre de Jimmy — le dijo Tillijast.

Babcock se dirigió a Jimmy diciéndole:

— ¿Y su padre donde está?

— Ha salido ya... Debe haber marchado a casa.

— ¡Cuánto lo siento! — exclamó Babcock. — Hubiera querido conocecerle.

— También él está deseando conocecerle a usted — respondió Jimmy.

Babcock, entonces, se volvió hacia su otro compañero y le dijo:

— ¿No es hoy el banquete de la Sociedad Médica?

— En efecto, dentro de dos horas se celebrará.

— Tendremos tiempo para asistir a él? — preguntó de nuevo Babcock.

— Yo creo que sí.

— Pues entonces — le dijo a Jimmy — anuncie usted que lo presidiré con mucho gusto.

Y salió de la clínica para cambiarse de ropa y poder asistir a aquel banquete donde pensaba encontrar al padre de Jimmy.

Horas después en el amplio salón del hotel Nacional se celebraba el banquete con que la Sociedad Médica había querido agasajar a los ilustres doctores Babcock y Tilligast. De todos los pueblos limítrofes habían llegado los médicos titulares y ya hacía un rato que se estaba celebrando el banquete cuando entró el doctor Eli.

Este con la humildad que siempre le caracterizaba se sentó en el sitio que tenía designado y el médico que estaba junto a él le dijo:

— Tarde ha venido.

— He tenido que asistir a una paciente... Ha traído al mundo un par de gemelos y no he podido dejarla hasta ahora.

Miró alrededor suyo y volvió a

decirle a su compañero próximo:

— ¿Quién es Babcock?

— Aquél que está a la derecha de su hijo — le respondió el otro. — Es el que preside.

— Me alegro de verle — repuso el doctor Eli. — Hace años que estudió en sus libros... Es un verdadero sabio.

En aquel momento el presidente de la Sociedad Médica se levantó para hacer la presentación de Babcock y dedicarle el homenaje y empezó diciendo:

— Nuestro huésped de honor no necesita presentación... Gran maestro, gran médico, ha venido aquí de un gran centro científico para salvar la vida de una pobre mujer. Sólo su talento podía haber rea-

lizado este gran milagro y esa vida humana que ha estado luchando entre la vida y la muerte se ha salvado gracias a su ciencia.

Una salva de aplausos celebró las palabras del presidente. Babcock se levantó para agradecer aquellos aplausos y les dijo:

—Ustedes me han asignado un puesto que no me corresponde en este banquete, un puesto que corresponde al verdadero huésped de honor, al único que debe sentarse aquí. Me refiero a un médico más ilustre que yo... Al hombre que ha laborado sin gloria, sin beneficio material en un oscuro rincón de nuestro país... El hombre que aun preserva algo que la ciencia médica moderna ha descuidado lamentablemente... la ciencia del corazón.

Todos los reunidos escuchaban con gran interés las palabras del célebre médico, pero sin que ninguno pudiera comprender a quién iban dirigidos aquellos elogios y Babcock siguió diciéndoles:

—El corazón es el agente terapéutico más poderoso de que puede disponer el médico y este hombre a quien yo aludo lo posee en grado máximo. Ese hombre, que por cumplir con su deber hasta llega tarde a un banquete es al que corresponde este puesto que yo ocupo y que yo quiero cederle como tribu-

to a sus merecimientos, a su bondad y a su humildad. ¿Queréis saber quién es? No creo que haga falta deciros que es el doctor Watt, que nos honra con su presencia.

Una ovación acogió las palabras de Babcock y Eli, visiblemente emocionado, se levantó para agradecer los elogios que le había tributado.

Sin oratoria alguna, pero hablando con la sencillez en él característica, exclamó:

—Perdonen que no sepa expresarme como debo en estos momentos. Nunca me había sucedido nada igual y me es difícil encontrar frases para poderles agradecer todo esto. Yo sé bien lo que soy... Un humilde practicón rural que trata de hacerlo lo mejor posible...

El doctor Babcock le interrumpió diciéndole:

—¿Practicón?... ¿Por qué no habla del caso de Letty, deshaciendo por nosotros?

—Bueno, es que, ya verán—siguió diciendo el doctor Eli—en ese caso no me cabe mucho mérito... Ella es para mí como si fuese una hija... En fin, no hice más que apelar al sentido común e hice la prueba que me ha dado el resultado que ustedes saben... Pero las palabras que me ha dirigido nuestro querido y admirado maestro, llenan la medida de mi orgullo y les ruego que

perdonen mi emoción... Lo que me ha ocurrido hoy es algo que no lo olvidaré nunca.

Jimmy, entusiasmado, sintiéndose orgulloso de ser hijo suyo, corrió adonde estaba su padre y abrazándolo cariñosamente, exclamó:

—También yo quiero honrar a mi padre, aunque tardíamente... Hoy he aprendido algo más de él... la ciencia a que ha aludido el doctor Babcock... Ella prueba que mi padre es un gran médico y un gran hombre...

Y el pobre Eli, el que hasta entonces no había sido más que un humilde médico rural, tuvo que retirarse de allí entre los aplausos de sus compañeros, porque la emoción que sentía era superior a sus fuerzas.

No podía comprender él mayor alegría que la que sentía en aquellos momentos. Necesitaba comunicársela a alguien y para ello se fué inmediatamente a su casa, donde lo esperaba su hermana y la dijo:

—Si hubieses estado en el banquete habrías llorado, te lo aseguro.

—¿Y para eso vas a esas fiestas? —preguntó sorprendida Sara.

—No, mujer, es que el doctor Babcock ha dicho que yo era el mejor médico del mundo.

Sara, sin demostrar una gran extrañeza, respondió:

—Por algo dicen que ese hombre tiene tanto talento.

Eli le refirió a su hermana todo lo que había sucedido en el banquete y la buena mujer se abrazó a su hermano llorando de emoción y bendiciendo a Babcock que de esa manera había sabido comprender todo el talento de Eli.

Pero éste todavía no había acabado su misión.

Le faltaba algo muy importante por hacer y se lo dijo a su hermana.

—Voy a ver a Joan.

—¿Para qué? —preguntó Sara.

—También vas a decirle que eres el médico más sabio del mundo?

Eli sonrió bondadosamente y respondió:

—No, mujer, voy a hacer otra cosa más importante... Para ella la medicina no tiene interés... Lo único que le interesa es un médico que no se cuida mucho de ella.

—¡Ah! comprendo —respondió riendo Sara—. Anda, ves y que tengas la misma suerte que siempre has tenido.

Eli se dirigió en busca de Joan, diciéndole antes a su hermana.

—Si viene Jimmy dile que vaya a buscarme.

Poco después llegaba al hotel donde se hallaba Joan y en cuanto ésta supo que el padre de Jimmy

quería verla le hizo entrar inmediatamente y le dijo:

—¡Ya me he enterado de su triunfo!... ¡Todo el mundo no hace más que hablar de usted!... ¡Le felicito!

—Todavía no—respondió Eli. Felíciteme cuando haya terminado mi misión.

—¿Qué misión?—preguntó ella. —Le trae alguna misión?

—Una y muy importante—respondió el médico y ante la mirada interrogativa de la muchacha la dijo:

—Vengo a hablarle de mi hijo... Hemos dejado la cosa sin solucionar y es preciso que acabemos nuestra conversación.

—Jimmy y yo hemos acabado—respondió tristemente la muchacha. —Hoy vino a verme un momento... Dos segundos, como siempre, y se lo dije... Yo no quiero casarme con un hombre que es una máquina, sin corazón.

—Pero el de usted es tan grande—respondió Eli—que valdrá por el de los dos.

—No, no y no—protestó débilmente ella—. Yo no quiero a Jimmy, es que no le quiero.

—Entonces dejará usted que el muchacho se case con alguna pueblerina cuando esté desesperado?—preguntó Eli.

—¿Casarse, Jimmy?—preguntó extrañada Joan—. ¿Cómo puede casarse él con nadie?

—Con nadie no, pero con usted sí—exclamó el médico—. ¿No dice que no le quiere? Pues, ¿qué le importa ya nada de lo que a él se refiera?

—Bueno... tanto como no quererle...—replicó ella—no he querido decir eso, solamente que es él el que no me quiere a mí... Si me quisiera algo me prestaría más atención, pero es lo que le he dicho... Una máquina y nada más que una máquina.

Eli le cogió cariñosamente las manos y como si fuera su propia hija la dijo:

—Cree usted que si fuera solamente una máquina, habría dicho lo que ha dicho hoy de mí?... Jimmy tiene corazón, un corazón muy grande, que necesita de una persona como usted, que lo comprenda y lo guíe... Usted debe estar segura de que la ama, tan segura como lo está él de usted...

—Se lo ha dicho así?—preguntó Joan—. Claro, está seguro de mi amor y por eso hace lo que hace... Pero yo le ajustaré las cuentas, le diré que no le quiero, que es un botarate y que es muy feo.

Eli reía bondadosamente al darse cuenta de lo ingenua que era

aquella mujercita. Comprendió que su hijo sería feliz con ella y no quería perder la ocasión de servir de mediador entre los dos enamorados para disipar aquella nubecilla y que otra vez el sol de la felicidad volviera a lucir sobre sus lindas cabezas.

Por lo mismo, cuando Joan se desahogó, la dijo fingiendo una gran seriedad:

—Yo no le digo eso que usted le ha dicho... Se molestaría mucho.

—Pues para eso se lo digo, para que se moleste... No voy a ser yo siempre la que salga perdiendo.

—Entonces veo una manera de solucionar este asunto—le expuso el médico.

Joan que no deseaba otra cosa que volver a ver a Jimmy, le preguntó:

—¿Cuál?

—Que usted misma se lo diga a él. Que esté muy severa, que le diga que no le quiere y que no volverá a mirarle más... En fin, todo eso y mucho más que creo que se le ocurrirá... ¿No le parece?

—Está bien—replicó ella—. Usted ha de estar presente para que oiga todo lo que le digo y si acaso ve que me extralimito, me llama la atención.

—Entendidos—terminó diciéndola—. Ahora venga conmigo y pase

a verle... La está esperando en la otra sala.

Joan cogida de la mano por el médico entró en la otra sala. Allí estaba sentado Jimmy y Eli le dijo:

—Jimmy, aquí está Joan que no sé qué quiere decirte.

Joan se adelantó hacia el muchacho y, cuando estuvo junto a él, sin poderse contener le echó los brazos al cuello y se besaron amorosamente.

Eli soltó la carcajada, y ante la cara de expectación de la muchacha le dijo:

—Yo creí que le iba usted a decir muchas cosas, pero tantas como le ha dicho, eso ni siquiera lo supuse...

—Es que... verá... para qué se las iba a decir si él sabe que son mentira— respondió riendo la muchacha, volviendo otra vez a abrazarse a su novio, mientras que Eli, comprendiendo que nada tenía ya que hacer allí, salió dejándolos solos.

La jornada de aquel día no podía haber sido más completa. Ni aun cuando él hubiera ideado un día feliz lo habría sido tanto como aquél.

Cansado de tantas emociones se fué a su casa a descansar y su hermana al verlo llegar sospechó, por su semblante, de que había queda-

do resuelto el asunto de Jimmy, y le preguntó burlonamente:

— ¡También arreglaste eso? ¡Qué hombre! Siempre haciendo algo por los demás...

— Y lo que me queda todavía por hacer—le dijo el doctor.

— ¿Todavía? — preguntó extrañada su hermana. — ¿Qué es ello?

— Pues casar a los hijos de Jimmy y a los de Letty.

— ¡Dios mío! — exclamó su hermana llevándose las manos a la cabeza—. Pero tú te crees que vas a ser inmortal?

El pobre viejo se echó a reír y la preguntó:

— ¿No eres dichosa viéndolos tan felices?

— Claro que lo soy, pero eso no quiere decir que ya es tiempo de que pensemos en nosotros.

— Ya lo pensaremos cuando Jimmy se haya casado... Por ahora hay que preocuparse de Letty y luego de la boda.

En efecto. Ni un solo momento dejó de estar Eli al lado de la enferma... Dormía allí mismo y paso a paso siguió toda la enfermedad de la joven, más que como médico, como una verdadera enfermera. La salud de Letty era para él algo tan precioso que por nada del mundo habría dejado que nadie la cuidase. Además, ahora no era como an-

tes, ahora tenía fe en sí mismo y seguridad en sus conocimientos. Le habían dado ánimo las palabras y elogios de Babcock y aquéllo dió motivo también para que en el pueblo se le llama de todas partes, reconociéndole como un gran médico.

Como suele ocurrir siempre, la celebridad le llegaba cuando ya no la necesitaba para nada... Ahora, si él hubiera querido, habría ganado todo el dinero que le hubiese dado la gana, pero ¿para qué?... ¿Qué necesidad tenía él de dinero? Nada le faltaba, porque de ello se cuidaba mucho Letty y nada deseaba más que la felicidad de Letty y de Jimmy. Los dos iban camino de serlo y con ellos se sentía más que recompensado de lo que había hecho en provecho de los demás.

Pasaron los días y Letty restablecida de su enfermedad volvió nuevamente a su casa, donde Bill fué para ella un esposo completamente distinto. Sentía sobre su conciencia el dolor que había causado a su mujer y buscaba por todos los medios la forma de hacérselo olvidar. Estaba pendiente de sus menores deseos y Letty adivinaba que el amor de su marido le pertenecía por completo. Esta seguridad la ayudó a que su restablecimiento fuera más rápido y la última vez que fué Eli a visitarla en calidad de médico la dijo:

— Bueno, yo ya no tengo nada que hacer aquí, como médico... Tú ya estás buena y no necesitas más de mí.

Ella lo abrazó y le dijo al oído cariñosamente:

— No se vaya muy lejos de mi lado... Mientras lo tenga a usted cerca sabe que nada puede faltarme... Le debo dos veces la vida y dos veces la felicidad... ¿Qué más podía usted darme?

— ¡Bah, bah! — exclamó el médico sin querer darle importancia—. No digas tonterías porque me enfado y no vengo más a verte.

— Pues entonces iré yo a verlo a usted... y me tendrá que dar de comer y todo...

Eli quedó un momento parado y exclamó al fin:

— ¿Sabes que has tenido una buena idea?... ¿Y si celebráramos una fiesta por tu total restablecimiento?

— ¡Admirable! — exclamó la muchacha—. Bill se pondrá muy contento.

— ¿Qué pasa con Bill? — exclamó éste entrando.

— Pues que hemos pensado celebrar mi mejoría con una comida, ¿qué te parece?

— Me parece espléndido — respondió su marido—. Haremos una fiesta por todo lo grande.

— Llevas razón — intervino el mé-

dico — una fiesta por todo lo grande, pero para nosotros... No invitaremos más que a una pareja...

— ¿Cuál? — preguntó Letty.

— A quién ha de ser? A Jimmy y a Joan... Se van a casar pronto y aquí debemos señalar la fecha.

Y tal como había propuesto Eli se hizo. Se celebró una comida íntima, completamente familiar para celebrar la curación de Letty y para anunciar la fecha del matrimonio de Joan y Jimmy.

La novia de éste con su carácter bondadoso, con su dulzura y su encanto pronto se conquistó la simpatía y el cariño de todos y cuando terminada la comida se unió a Letty, ésta la dijo:

— ¿Verdad que nosotras nos debemos querer como hermanas? Yo ya la quiero como tal.

Joan por toda contestación se abrazó a ella y los demás al verlas prorrumpieron en una salva de aplausos, que demostraban la felicidad de todos los reunidos.

Pocos días después se celebraba la boda de Joan y Jimmy y Sara entró en busca de su hermano diciéndole:

— Coge el sombrero y vámonos.

— ¿Adónde? — preguntó inconscientemente el médico.

— Pues a la boda, hombre — ex-

clamó su hermana—. Luego iremos al Niágara y si te parece poco, podemos ir al Cañón del Colorado... Ese está mas lejos de aquí.

—Pues, donde, iremos, después de la boda, será aquí... Aquí a esperar nuestros nietos. Si tú te quieres marchar te vas...

— ¡Claro que no! — exclamó su

hermana—. ¿Dónde íbamos a estar mejor... Sobre todo ahora que se han acabado las patas.

Y cogidos del brazo los dos viejos se dirigieron hacia la iglesia para asistir a la boda de Jimmy y Joan, que desde hacía más de una hora esperaban la llegada de los simpáticos hermanos.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

PRÓXIMO NÚMERO:

¡ACONTECIMIENTO!

GLORIA DE UN DÍA

Creación de la nueva y famosísima estrella

KATHARINE HEPBURN

la creadora de la gran producción

LAS CUATRO HERMANITAS

Producción: *Radio Films*

¡PRONTO! ¡PRONTO!

aparecerán reimpresiones de
las novelas cinematográficas

El Signo de la Cruz
Tarzán de las fieras
El hombre león
Mercedes

y otras que se irán anunciando.

¡No lo dude!

Los mejores títulos, por los
más grandes artistas de las
más famosas marcas

Siempre en
Ediciones BIBLIOTECA FILMS.... ¡CLARO!

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

UNA peseta el tomo

Producciones nacionales y filmadas en español

DON JUAN DIPLOMATICO	Celia Montalván
EL EMBRUJO DE SEVILLA	María Ladrón de Guevara
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey
CASCARRABIAS	Ernesto Vilches
LA VOLUNTAD DEL MUERTO	Antonio Moreno
SU NOCHE DE BODAS	Imperio Argentina
UN CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey
EL COMEDIANTE	Ernesto Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES	Carlos Gardel
ENTRE NOCHE Y DIA	Elena d'Algys
LOS QUE DANZAN	Antonio Moreno
LA DAMA ATREVIDA	Ramón Pereda
EL PRINCIPE CONDOLERO	Roberto Rey
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar
MERCEDES	Carmelita Aubert
MELODIA DE ARRABAL	I. Argentina - C. Gardel
EL AGUA EN EL SUELO	Maruchi Fresno
ESPERAME	Carlos Gardel
UNA VIDA POR OTRA	Nancy Torres
DOCE HOMBRES Y UNA MUJER	Irene López Heredia
VIDAS ROTAS	Maruchi Fresno - L. Tovar
LA DOLOROSA	R. Díaz - Agustín Godoy
TRES AMORES	Mona Maris - J. Crespo
UNA SEMANA DE FELICIDAD	R. Rodrigo - A. Palacios
DALE DE BETUN	Juan de Landa - A. Colomé
EL DESAPARECIDO	Rambal - Trini Moren
EL TANGO DE BROADWAY	Carlos Gardel
LA ULTIMA CANCION	Antonio Ortiz

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

CANCIONERO

(El primero en su género
y el que todos imitan)

32 páginas de texto: 30 céntimos cada volumen

TANGO ARGENTINO

Imperio Argentina
Azucena Maizani
Goyita Herrero
Inesita Pena
Carlos Gardel
Agustín Irusta
Irusta, Fugazot, Demare
Eduardo Bianco
Giliberti
Mario Visconti
De Val
Magaldi, Noda
Tania - Discépolo

FILMS SONOROS

Jeanette Mac Donald
Lilián Harvey
Marlene Dietrich
Janet Gaynor
Meg Lemonnier
Carmelita Aubert
Jean Kiepura
José Mojica
Roberto Rey
Charles Farrell
Henry Garat
Isabelita Pradas "Señorita Voz 1935".

TENORES

Hipólito Lázaro
Miguel Fleita
Emilio Vendrell

TIPLES

Enriqueta Serrano

BARITONOS

Emilio Sagi-Barba
Marcos Redondo
Eduardo Brito

BAJOS

Pablo Gorgé

VEDETTES DE REVISTA

Celia Gámez
Olvido Rodríguez
Margarita Carbalal
Laura Pinillos
Conchita Leonardo.

EXCENTRICOS

Blanca Negri
Ramber
Alady
Lepe

TONADILLERAS Y COUPLES

Raquel Meller
Mercedes Serós
Elvira de Amaya
Luisita Esteso
Conchita Piquer
Estrellita Castro
"La Yankee"

CANTE JONDO

Canalejas
La copla andaluza
Custodia Romero
"Argentinita"
Rosario de Triana
Niño de Marchena
Angelillo
Lola Cabello

JOTAS ARAGONESAS

Felisa Galé.

RUMBAS Y CANTOS CUBANOS

Josefina Baker
Elsie Bayrón
Alberto H. Ribera

CANCIONES MEJICANAS

Lupe Rivas Cacho

CANCIONES AMERICANAS Y DE JAZZ

Trini Moren
Steffi Duna - Don Alvarado

ORQUESTAS

Orquestina Planas

CANCIONES FRIVOLAS (No aptas para señoritas).

Olimpia de Córdoba

PEDIDOS A Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

ARTISTICAS E INCOMPARABLES PORTADAS E ILUSTRACIONES
LITERATURA SELECTA - UNA PESETA EL TOMO

Producciones extranjeras

LAS CUATRO HERMANITAS	Katharine Hepburn
CLEOPATRA	Claudette Colbert
¡LA BATALLA!	Annabella-Charles Boyer
PASO A LA JUVENTUD	Martha Eggerth-J. Kiepura
LOS MISERABLES	Florelle-Harry Baur
LA PRINCESA DE LA ZARDA	Martha Eggerth
VOLGA EN LLAMAS	Albert Prejean
CAPRICO IMPERIAL	Marlene Dietrich
NO SOY NINGUN ANGEL	Mae West
EL ULTIMO VALS DE CHOPIN	Sybille Schmitz
DICK TURPIN	Victor Mc. Laglen
ENEMIGO PUBLICO NUM. I.	Clark Gable-Myrna Loy
EL HIJO DEL CARNAVAL	Ivan Mosjoukine
TRAGICA ATRACCION	Harry Baur
¡ORO!	Brigitte Helm
BOLERO	George Raft-C. Lombard
EL LAGO DE LAS DAMAS	Rosine Derean
LA CASA DE ROTHSCHILD	George Arliss-L. Young
NOCHES MOSCOVITAS	Annabella-Harry Baur
EL PEQUEÑO REY	Robert Lynen
CAMPEONES OLIMPICOS	Buster Grabbe
UN SECUESTRO SENSACIONAL	Dorothea Wieck-Baby Le Roy
SU MAYOR EXITO	Martha Eggerth
¿QUE HAY NELLIE?	Paul Muni
EL BURLADOR DE FLORENCIA	Fredrich March
UNA FIESTA EN HOLLYWOOD	Laurel-Hardy
UN AMOR EN ESPAÑA	Brigitte Helm
LA MUERTE DE VACACIONES	Fredrich March
DIVINA	Nils Asther
CASINO DEL MAR	Cary Grant
LA HIJA DE NADIE	Ann Harding
EL VIAJERO SOLITARIO	Lionel Barrymore
GLORIA DE UN DIA	Katharine Hepburn

Pedidos a: Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo.
Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Una peseta

EDITORIAL



Propaganda

UNA peseta